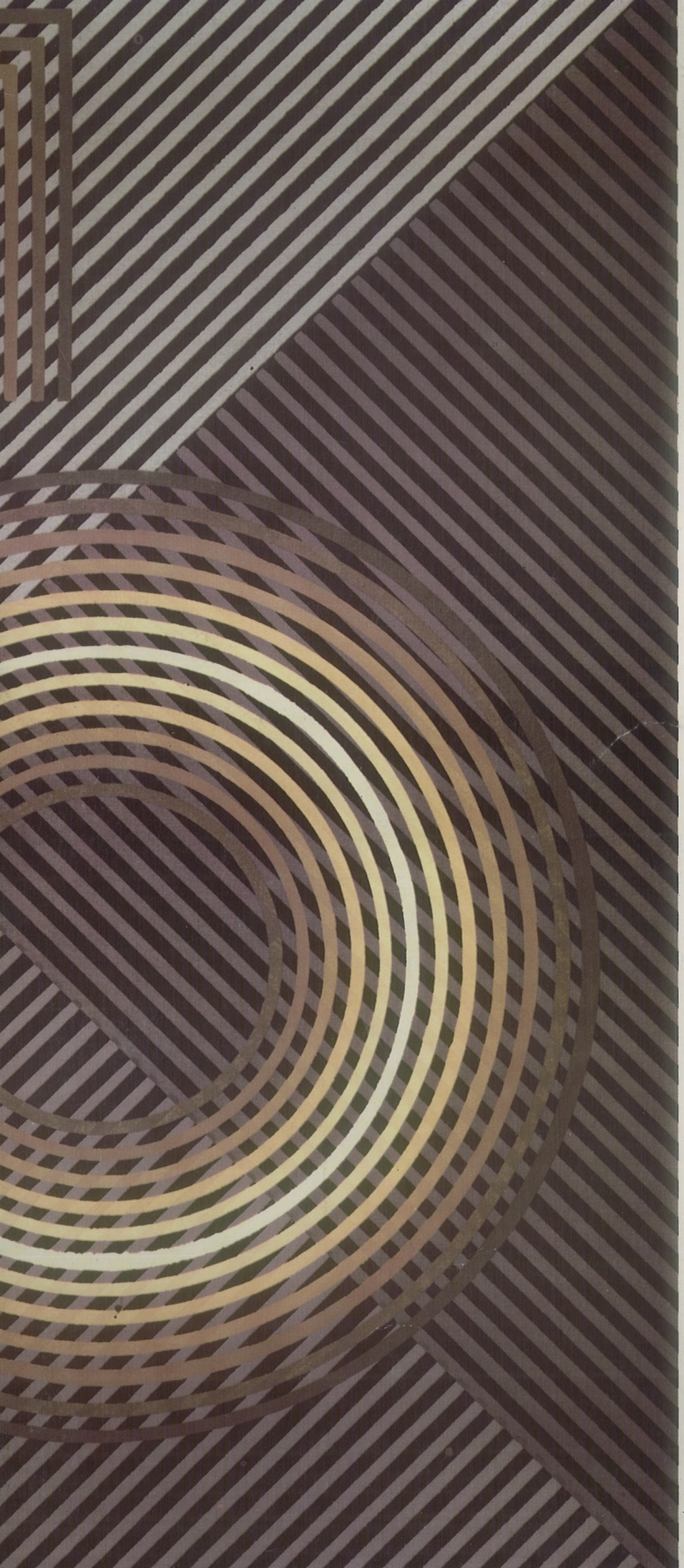


FORMA ABIERTA

CUADERNOS DE
CREACION
E INVESTIGACION
ARTISTICA

Suplemento de
la Revista
«INSTITUTO DE
ESTUDIOS ALICANTINOS»

FORMA ABIERTA

CUADERNOS DE
CREACION
E INVESTIGACION
ARTISTICA

Suplemento de
la Revista
«INSTITUTO DE
ESTUDIOS ALICANTINOS»

FORMA ABIERTA núm. 13

Suplemento de la Revista
«Instituto de Estudios Alicantinos»

Excma. Diputación Provincial de Alicante

AGOSTO, 1981

DIRECTOR: ADRIAN ESPI VALDES
SUB-DIRECTOR: Manuel Martínez Blasco
CONSEJO ASESOR: Juan de Dios Aguilar Gómez
Enrique Llobregat Conesa
Manuel Martínez Blasco
Vicente Martínez Morellá
Juan Antonio Montesinos Busutil
Luis Rivera Pérez
CONSEJO DE REDACCION: Vicente Mojica Benito
Juan Mateo Box
José Antonio Cía Martínez
Enrique Llobregat Conesa
P. Francisco Espinosa Cañizares
Gaspar Peral Baeza
Gregorio Hernández Rodríguez

Portada: Obra del artista EUSEBIO SEMPERE
de la colección del I.E.A.

Depósito Legal: A.444-1974

Gráficas DIAZ - Calle Marte, 6 - Alicante

D. H. LAWRENCE

Narraciones:

INGLATERRA, MI INGLATERRA
SANSON Y DALILA
SENDA DE ROSAS
LA HIJA DEL TRATANTE DE CABALLOS

Traducidas por:

ADRIAN CANDELA MERI • JOSE MATEO MARTINEZ •
PILAR RIGUAL BONASTRE

Ilustraciones de MABEL

Presentación

La presente edición de cuatro narraciones cortas de D.H. Lawrence, auspiciada por el Instituto de Estudios Alicantinos, responde al trabajo desarrollado por un grupo de estudiosos formado en 1979. Desde entonces han encaminado sus esfuerzos hacia la traducción y difusión de autores relevantes de las letras inglesas que, afortunadamente, empiezan a ser conocidos en nuestro país.

*El objetivo básico de su trabajo filológico se centra en la literatura inglesa. Cuentan con experiencias en la traducción, tanto de autores clásicos —*El *Rey Lear de W. Shakespeare— como de contemporáneos: James Joyce y D.H. Lawrence.*

Todos los miembros del grupo que aquí se presenta se encuentran realizando funciones docentes en diversos centros de Alicante, y han publicado, conjunta y aisladamente, trabajos literarios en revistas y editoriales.

Alicante, diciembre, de 1981

Josefina Gázquez Méndez

D. H. Lawrence (1885-1930)

APUNTES BIOGRÁFICOS, por J. MATEO MARTINEZ

David Herbert Lawrence nace el 11 de Septiembre de 1885 en Eastwood, pequeño pueblo de las Midlands, cercano a Nottingham y en pleno corazón de la cuenca minera del carbón. Le toca vivir los últimos quince años del gobierno de la reina Victoria, en una época en la que la burguesía ha consolidado su poder, como clase dirigente, desplazando definitivamente a la empobrecida nobleza terrateniente. La revolución industrial ha alcanzado sus metas y la sociedad empieza a diferenciarse en unas clases sociales muy definidas, producto de los nuevos tiempos. Al auge de una burguesía industrial y financiera, defensora de un liberalismo económico a ultranza, se contrapone la fuerza pujante del proletariado con una concepción de la sociedad radicalmente opuesta. Es en esta época cuando Marx y Engels publican sus escritos y Freud empieza a revolucionar el mundo de la psicología.

Es en este panorama de industrialización, explotación, riqueza, miseria, pérdida de la esencia del hombre como tal, opresión del hombre por la máquina, empobrecimiento espiritual y represión social, donde debemos encasillar la figura de D.H. Lawrence. Aunque hijo de mineros, siempre rehusó escribir literatura ploletaria. Su vida se aleja pronto de las minas, siendo enviado a diversos centros educativos, asistiendo finalmente a la Universidad de Nottingham, en 1906, en donde escribe sus primeros poemas y su primera novela larga «*The White Peacock*» que no sería publicada hasta 1911. En 1912 escribe una novela de cariz autobiográfico *Sons & Lovers* en la que pasa revista a sus años de niñez y juventud en Eastwood.

Los años siguientes representan diversas alternativas para el joven Lawrence; ejerce de profesor, enferma gravemente de pneumonía y conoce a Frieda Weekly con la que se casa en 1914 e inicia una serie de viajes por Italia y Alemania. Es en esta época cuando se inician sus problemas con la censura y se le prohibe su novela *The Rainbow* (1915) aparentemente tachada de inmoral, pero la verdadera razón del veto parece haber sido la crítica despiadada que trasluce en sus páginas al desmesurado desarrollo industrial de los últimos años del período victoriano. A partir de dicho año los problemas con sus obras se suceden, siendo acosado por la justicia y su obsoleta estructura penal. Publicó, sin embargo, series de relatos cortos como *England, my England* (1922), *Sea and Sardinia* (1921), o novelas como *Women in Love* (1920) y *Aaron's Rod* (1922). En 1921 abandona definitivamente Inglaterra a la que no volvería salvo en contadas y breves ocasiones. Viaja por Alemania, Ceilán, Australia, U.S.A. y Méjico. Enferma gravemente de tuberculosis afincándose en Italia y visitando Francia, Suiza, Mallorca, etc. Es en Francia, en la pequeña localidad de Vence donde la enfermedad pone fin a su vida el 2 de Marzo de 1930. En este período de «exilio» es cuando escribe sus novelas y relatos sobre temas y países exóticos: *Kangaroo* (1923), *The Plumed Serpent* (1925), *Apocalypse* (1929) y las tres versiones de Lady Chatterley: *The first Lady Chatterley, John Thomas* and *Lady Jane* y *Lady Chatterley's Lover.*

El centro de la temática de Lawrence es el individuo en lucha contra una sociedad adulterada, de espalda a la naturaleza, que lo oprime y obliga a acallar su esencia de hombre: sus impulsos naturales, su espontaneidad, su amor a la naturaleza, a la vida, al sexo, siendo relegado a un mundo oscuro, sucio y represivo en donde se embrutece y autodestruye. El hombre debe luchar contra sí mismo, la sociedad le impone que reprima y oculte ese otro «yo» natural, oculto y apasionado que pugna por aflorar y al que se oculta porque ciertas reglas sociales así lo exigen. El mundo moderno urbano, burócrata e industrial son los grandes enemigos del hombre natural, quien es obligado a vivir para trabajar y a que su vida esté marcada por un deseo de aumentar la productividad, en la alienación del trabajo. Sólo cuando el hombre es capaz de romper con ese mundo, de volver sus ojos a la naturaleza y de liberar su verdadero «yo», es cuando alcanza su dignidad de hombre. No es cuestión de cambiar las relaciones de trabajo, o de obtener mejoras sociales, sino de romper con ese mundo artificial y buscar, comenzando de nuevo, un camino más acorde con el hombre natural.

Ante la traducción de D.H. Lawrence

Toda traducción comporta, por sí misma, la dificultad implícita al manejo de dos lenguas y, en nuestro caso, ésta se agrava por lo que el hecho mismo de trasladar una lengua de origen germánico a otra románica supone.

Al margen de los problemas de estructura interna de la lengua: sintaxis, léxico y fonética, en sus niveles segmental y suprasegmental, tomados en sentido amplio, hay que considerar, asimismo, la actuación peculiar que de dicha lengua hace el autor a traducir.

La traducción de un escritor no puede basarse tan sólo en un buen dominio de la lengua original y el auxilio de un diccionario adecuado. Es indispensable, en nuestra opinión, disponer del más preciso conocimiento de las constantes motoras de esa interpretación de la realidad asumida por el escritor que, en definitiva, constituye el sustrato ideológico sostenedor del producto literario a traducir. Leer sus obras, descubrir sus claves formales, entresacar de sus líneas su perspectiva del mundo, su visión de la historia, el por qué de su elección lingüística y el efecto que pretende lograr en el lector, son factores de importancia trascendental en una traducción. Hay, igualmente, que situar al autor en su época, y tener muy en cuenta las inevitables desviaciones que el tiempo impone sobre los significados.

En el caso de D.H. Lawrence el problema se incrementa por la técnica empleada: incorporar a la lengua literaria el habla coloquial. Esta actitud ante el lenguaje supone tener que enfrentarse, por ejemplo, con expresiones idiomáticas ahora en desuso o, como ocurre con D.H. Lawrence, algo más grave aún, tener que traducir el dialecto hablado en su comunidad natal (Eastwood, Nottinghamshire) que, con abundancia emplean algunos de sus personajes. Esta técnica del uso sistemático de la lengua vernácula con fines artísticos, crea problemas para los que no caben soluciones fáciles o, nosotros, todo hay que decirlo, no tenemos. Carecemos de soluciones convincentes en este área de la traducción por varias razones; entre otras, porque la compleja función que el uso del dialecto (1) crea en la obra de ficción está sujeta a unos parámetros psico-sociológicos ajenos, en sentido global al carácter lingüístico del idioma español, y, porque además, surge la inevitable necesidad de tener que elegir entre los dialectos de la geografía española. Cualquiera que hubiese sido el dialecto escogido, evidentemente, hubiera quedado descontextualizado en boca de, por ejemplo, un campesino o un minero de las Midlands.

Decididamente, ante este obstáculo no hemos visto otra opción que no fuese la de emplear el habla coloquial, pero evitando regionalismos. ¿Inadecuación? ¿traición al texto? Lo que se ha perdido en el acto de la traducción de la lengua vernácula, en coexistencia desigual con una estándar, no ha sido poco, pero no menos abundantes, ante nuestro juicio, han sido los logros conseguidos.

Hasta no hace muchos años un cierto sector de la crítica acusaba a D.H. Lawrence de ser «escritor sin estilo», de desconocer el mundo mágico y sugerente de la palabra, siendo etiquetado como escritor prosaico y sin arte. Dichas críticas parecían desconocer el uso deliberado y revolucionario que hizo de su prosa, abriendo nuevos caminos en la expresión literaria. Se ha acusado a su prosa de ser extremadamente sencilla y reiterativa, lo que podría contribuir a dar la falsa imagen de tener una fácil traducción. Nada más lejos de la realidad; la aparente sencillez y repetición de palabras y sintagmas en Lawrence, responde a un deliberado intento por aplicar en la literatura aquellos procesos mentales de los personajes con sus dudas y vacilaciones, por plasmar con la mayor «fidelidad» lo que en un momento dado acontece en la mente. Se trata, en definitiva, de la aplicación de las teorías psicológicas en boga a princi-

(1) En plazo breve se hará público un estudio exhaustivo, sobre la función compleja que la presencia del dialecto ejerce en la narrativa de D.H. Lawrence, por uno de los componentes del colectivo.

pios de siglo y que desarrollaron, por otros cauces, escritores como James Joyce y Virginia Woolf, por citar algunos ejemplos.

La prosa que resulta de este experimento puede parecer, a primera vista, monótona y pobre, pero tras un detenido análisis observamos el gran esfuerzo del autor por conseguir una nueva forma de expresión literaria basada en un exacto y objetivo acercamiento a la realidad psicológica de sus personajes. Ante esta circunstancia que podría ser ejemplificada abundantemente, y que creemos que el lector podrá adivinar sin esfuerzo tras la lectura de los relatos traducidos, se nos planteaban dos opciones: ser por un lado consecuente con el esfuerzo del autor y respetarlo traduciendo lo más fielmente posible, o caer en lo que Julio-César Santoyo denominaba «tentación del traductor por usurpar al autor» (2). Haber optado por la última solución nos hubiera llevado a ofrecer una traducción «literaria» ajena al idiolecto de D.H. Lawrence. Evidentemente, hemos optado por la fidelidad al texto original, siempre y cuando ésto no supusiera originar «estridencias» ajenas a nuestro idioma.

El lector tiene la última palabra y hemos confiado en su criterio antes de sacar a la luz estas traducciones, resultado de un prolongado trabajo.

Alicante, septiembre de 1981

Adrián Candela Merí
José Mateo Martínez
Pilar Rigual Bonastre

(2) Esta afirmación se hizo en el transcurso de una conferencia durante la celebración de la «I Semana de Cultura Inglesa y Metodología de la Enseñanza del Inglés» el curso 1980-81 en la Universidad de Alicante.

INGLATERRA, MI INGLATERRA

Por D.H. LAWRENCE

Traducción de ADRIAN CANDELA MERI

Estaba trabajando en la orilla del campo, más allá del arroyuelo que corría por la ladera del final del jardín, siguiendo la senda desde el puente de madera hasta el campo. Había cortado el áspero césped y los helechos, dejando desnudo el grisáceo suelo seco. Pero estaba preocupado porque no podía enderezar la senda, había un pliegue entre sus cejas. Dispuso las estacas y observó el paisaje entre los pinos grandes, pero por alguna razón todo parecía mal. Volvió a mirar forzando sus penetrantes ojos azules, que encerraban un aire vikingo, entre los oscuros pinos a modo de portal, la senda del jardín enverdecida de hierba alzándose desde las sombras de los alisos, cercanos al puente de troncos, hasta las iluminadas flores. Aguileñas altas, blancas y purpúreas, y el extremo del viejo caserío de Hampshire que se acurrucaba en la tierra entre flores, abriéndose en el reducido primitivismo circundante.

Había ruidos de voces de niños chillando y hablando: voces agudas, aniñadas y femeninas, ligeramente didácticas y teñidas de tiranía: «Si no vienes pronto, ama, saldré corriendo a donde están las serpientes». Y nadie tenía la «sang-froid» de responder: «Pues corre, tonto». Siempre había un «No, cariño. Muy bien, cariño. Enseguida, cariño. Cariño, *debes* tener paciencia».

Su corazón endurecido en las desilusiones: una carcoma y oposición contínuas. Pero seguía trabajando. ¡Qué podía hacerse sino aceptar!

La luz del sol resplandecía en la tierra, había la viveza de la ardorosa vegetación, del retiro fiero entre la paz salvaje de los campos. Extraña la forma en que la Inglaterra salvaje se rezaga en algunos lugares: como aquí, entre estos campos velludos de tojos, y pantanosos, infectados de serpientes junto al pie de las colinas del sur. El espíritu del lugar porfía en lo primitivo, como cuando los sajones vinieron, hace tanto tiempo ya.

¡Ah, cómo la había querido! La verde senda del jardín, los manojos de flores, aguileñas de blanco y púrpura, rojas amapolas granorientales, con sus grietas oscuras y los gordolobos altos y amarillos, este flamante jardín que hacía mil años que existía, se hacía sitio en la pequeña hondonada rodeada de campos infectados de serpientes. Lo había hecho resplandecer con flores, una taza de sol bajo sus setos y árboles. ¡Tan antiguo, un lugar tan antiguo! Y sin embargo, lo había recreado.

La casita de madera con su tejado enmantado en declive estaba vieja y olvidada. Pertenecía a la vieja Inglaterra de aldeas y labradores. Perdida y totalmente solitaria en el extremo del campo, al final de una amplia herbosa vereda, enmarañada de rosas silvestres y eclipsada de roble, jamás conoció el mundo de hoy.

La casa era antigua y muy incómoda. Pero no quiso cambiarla. ¡Ah!, qué maravilla sentarse a la chimenea envejecida, negra y amplia, de noche cuando el viento rugía en lo alto, y la leña, que él mismo había cortado, chisporroteaba en el hogar. El sentado a un lado y Winifred al otro.

¡Ah, cómo la había querido, Winifred! Joven y bella y llena de vida, como llama al sol. Se movía con lento donaire enérgico, como un arbusto floreciente en roja flor. Ella, también, parecía provenir de la vieja Inglaterra, rojiza, fuerte, con una cierta tosquedad, apasionada quietud y robustez de espino. Y él, él era delgado y alto y ágil, como un arquero inglés de largas piernas flexibles y finos movimientos. Su pelo era castaño y todo él en zarcillos y bucles apretados. También sus ojos eran castaños como los de un petirrojo, por su

vivacidad. Y él era de piel blanca de fino y sedoso pelo rubioscuro, y de nariz ligeramente arqueada, propia de una vieja familia de campo. Era una bella pareja.

La casa era de Winifred. Su padre, también, era hombre enérgico. Del norte había venido pobre. Ahora era moderadamente rico. Había comprado esta mediana extensión de tierra barata, abajo en Hampshire. No lejos de la pequeñita iglesia de la casi extinta aldea estaba su casa propia, una enorme casa vieja de labranza un poco retirada de la carretera, transversal a un patio desnudo de hierba. A un lado de este cuadrado estaba el largo, largo granero o cobertizo que él había transformado en una casita para su hija más pequeña, Priscilla. Se veían cortinas de cuadritos azules y blancos en las ventanas alargadas, y dentro, por encima, las magníficas vigas antiguas del puntiagudo cobertizo. Esta casa era de Prissy. A cincuenta yardas estaba la preciosa casita nueva que él había construido para su hija Magdalen, con el huerto que se extendía hasta el manto de robles. Y luego más allá del césped y los rosales de la casa-jardín iba el camino a través de un espacio velludo y de hierba silvestre, hacia la sierra de negros y altos pinos que crecían sobre la orilla de la acequia, entre los pinos y por encima de la inclinada cienaguita, por debajo de amplios desolados robles, hasta que allí delante acurrucándose inopinadamente aparecía la casita de Winifred, tan solitaria, y tan primitiva.

La casa era propiedad de Winifred, y los jardines y el trozo de campo y la pantanosa ladera eran suyas: su diminuto dominio. Precisamente se había casado cuando su padre compró la finca, aproximadamente diez años antes de la guerra; de este modo había podido ir a Egbert con ello como dote. Y quién estaba más entusiasmado, si él o ella, sería difícil de decir. Por aquel entonces sólo tenía veinte años y él sólo veintiuno. El contaba con unas ciento cincuenta libras anuales —y nada más, excepto sus muy considerables atractivos personales. No tenía profesión alguna: no ganaba nada. Pero hablaba de literatura y de música, sentía pasión por la vieja música folk, recopilaba canciones y bailes populares, estudiaba los bailes de Morris y las viejas costumbres. Claro que con el tiempo haría dinero de esta forma.

Mientras tanto la juventud y la salud y la pasión y la esperanza. El padre de Winifred fue siempre generoso, pero con todo, era un hombre del norte, práctico e insensible también, que había recibido muchos embates. En casa disimulaba su pragmatismo y jugaba a la poesía y al romance con su literaria esposa y sus vigorosas y apasionadas hijas. Era hombre de coraje, no dado a las quejas, que guardaba sus cargas para sí. No, él no permitía que el mundo se entrometiera demasiado en su hogar. Tenía una delicada sensible esposa, cuya poesía obtuvo algo de fama en el estrecho mundo de las letras. El, con su fuerte espíritu luchador de antiguo bárbaro, sentía un casi aniñado deleite por el verso, por la poesía dulce y por el encantador juego de un hogar cultivado. Su sangre era fuerte, rayando en la tosquedad. Pero eso únicamente hizo que la casa fuera más vigorosa, más robusta y navideña. Siempre hubo en él una pincelada navideña, ahora era rico. Si después de cenar habia poesía, también había chocolates y nueces, y buenas cosas extras que llevarse a la boca.

Por aquel entonces, entró Egbert en esta familia. Era de una pasta bastante diferente. Las chicas y el padre eran personas fuertes y muy vinculadas, gente de sangre espesa, auténticos ingleses, como ingleses son el acebo y el espino. Su cultura estaba injertada en ellos, como podría injertarse una pálida rosa común en el tallo de un espino. Daba flor bastante extraña, pero no alteraba su sangre.

Y Egbert nació rosa. La añeja crianza lo había dejado en manos de una encantadora pasión espontánea. No era inteligente, ni siquiera «literario». No, pero la entonación de su voz y el movimiento de su cuerpo flexible y hermoso, y la fina textura de su carne y de su pelo, el ligero arco de la nariz, la rapidez de sus ojos azules fácilmente ocuparían el lugar de la poesía. Winifred lo amaba, amaba a este sureño, como a un ser superior. Un ser *superior,* cuidado. No más profundo. Y en cuanto a él, la amaba con pasión, con cada una de sus fibras. Ella era para él la mismísima esencia de su vida.

Maravillosos, aquellos días en la casita de Crockam, los primeros días, completamente solos excepto por la mujer que iba a trabajar por las mañanas. Días maravillosos, en que ella tenía toda su exquisita juventud en carne, ágil y alta para sí, para ella, y él a ella como fuego rojizo al que podía arrojarse para rejuvenecer. ¡Ah! aquello nunca podría acabar, esta pasión, este matrimonio. La llama de sus dos cuerpos volvió a arder en aquella vieja casita, ya embrujada de tanto deseo físico pasado. No se podía estar en la oscura habitación durante una hora sin que los influjos se presentaran. El ardiente deseo de la sangre de antiguos labradores, aquí en esta vieja madriguera en la que se habían entregado a la lujuria y a la procreación durante tantas generaciones. Esta casa silenciosa, oscura, con paredes de gruesas vigas y el gran hogar oscurecido, y la sensación de secreto. Oscura, con ventanitas bajas, sumergida en la tierra. Oscura, como un cubil en el que poderosas bestias se habían escondido y apareado, solitaria de noche y solitaria de día, entregada a ellos y a su propia intensidad durante tantas generaciones. Parecía hechizar a los dos jóvenes. Se hicieron diferentes. Había un curioso calor secreto a su alrededor, una cierta llama adormilada difícil de comprender que envolvía a los dos. También ellos sintieron que no pertenecían ya al mundo de Londres. Crockham había cambiado su sangre: la

sensación de las serpientes que vivían y dormían incluso en su propio jardín, al sol, por lo que él, avanzando con la pala, veía una curiosa masa anillada parduzca en el negro suelo, la cual de pronto comenzaba a sisear, y deslumbraba alejándose rápidamente, siseando. Un día Winifred oyó el extrañísimo chillido procedente de la maceta que había bajo la ventanita de la sala de estar: ¡ah!, el extrañísimo chillido, como el mismo espíritu del pasado oscuro llorando a viva voz. Salió corriendo, y vio una larga serpiente marrón sobre la maceta y en su boca plana el anca de una rana que intentaba escapar, y que lanzaba su extraño, diminuto, chillido bramante. Miró a la serpiente, y desde su triste cabeza plana la serpiente la miró, tenaz. Ella dio un grito, y la serpiente soltó a la rana y, colérica, se deslizó a lo lejos.

Eso era Crockham. La lanza de la invención moderna no la había atravesado, y allí seguía secreta, primitiva, salvaje como cuando los sajones vinieron por primera vez. Y Egbert y ella allí estaban atrapados, atrapados fuera del mundo.

El no era ocioso, ni ella tampoco. Había multitud de cosas por hacer, había que reparar la casa después de que los trabajadores se hubieran ido, coser almohadas y cortinas, abrir las sendas, recoger y ocuparse del agua, y luego nivelar la pendiente del abandonado sucísimo jardín, terraplenarlo con pequeñas terrazas y sendas, y llenarlo de flores. El trabajaba, en mangas de camisa, trabajaba todo el día intermitentemente haciendo esto y lo otro. Y ella, silenciosa y rica en sí misma, viéndole inclinarse y trabajar a solas, iba para ayudarle, para estar cerca de él. Desde luego era un aficionado —un aficionado nato—. Cuánto trabajaba, qué poco hacía y, nada de todo ello duraba mucho. Si terraplenaba el jardín, sujetaba la tierra con un par de planchas largas y estrechas que pronto comenzaban a doblarse por la presión posterior, y no necesitaba de muchos años para corromperse y romperse y dejar que el suelo resbalara nuevamente hacia abajo en un montón, junto al cauce. Pero ahí está. No había sido educado para luchar denodadamente contra todo, y él creyó que sería suficiente. No, él no pensó que hubiera nada más a parte de estos cachivaches poco duraderos, él, que sentía una pasión así por su vieja casita perdurable, y por las viejas cosas perdurables de la pasada Inglaterra. Curioso que el sentido de permanencia del pasado tuviese tal arraigo, mientras que en el presente todo él era inexperiencia y superficialidad.

Winifred no podía criticarlo. Criada en la ciudad, todo le parecía espléndido y el simple acto de cavar y trabajar con la pala le parecía romántico. Pero ni Egbert ni ella se daban cuenta aún de la diferencia entre trabajo y romance.

Godfrey Marshall, su padre, estaba al principio plenamente encantado con el hogar de allá en Crockham Cottage. Pensaba que Egbert era maravilloso, la cantidad de cosas que conseguía, y se sentía gratificado con el calor de la pasión física existente entre los dos jóvenes. Para el hombre que en Londres todavía trabajaba con dureza por mantener firme su modesta fortuna, el pensamiento de esta joven pareja cavando y amándose uno al otro allá lejos en Crockham Cottage, profundamente enterrados entre los campos y las marismas, cerca del pálido volumen de las colinas, era como un capítulo de vivo romance. Y ellos obtenían de él el sustento con que alimentar el fuego de su pasión, del anciano. El era quien alimentaba su llama. El triunfaba secretamente en el pensamiento. Y era su padre hacia quien Winifred todavía se volvía, como única fuente de toda seguridad y vida y apoyo. Ella amaba a Egbert con pasión. Pero tras ella estaba el poder del padre. Era al poder del padre a lo que ella recurría, siempre que necesitaba apoyo. Nunca se le ocurrió recurrir a Egbert, si tenía alguna dificultad o duda. No, en todos los asuntos serios dependía de su padre.

Pero Egbert no tenía intención de luchar a brazo partido con la vida. Tampoco tenía ambición alguna. Provenía de una familia decente, de una familia procedente de una región apacible, de deliciosos alrededores. Debería, por supuesto, haber tenido una profesión. Debería haber estudiado leyes o de alguna forma haberse dedicado a los negocios. Pero no —esas fatales tres libras a la semana lo mantendrían a salvo de morirse de hambre mientras viviera, y él no quería darse a la esclavitud. No es que fuera ocioso. Siempre estaba haciendo algo, con su estilo de aficionado. Pero no tenía ningún deseo de darse al mundo, y menos aún de abrirse paso luchando con él. No, no, el mundo no valía la pena. Quería ignorarlo, llevar independiente su propio camino, como peregrino casual por senderos abandonados. Amaba a su esposa, su casita y su jardín. Allí haría su vida, como una especie de ermita epicúrea. Amaba el pasado, la vieja música, y los bailes y las costumbres de la vieja Inglaterra. Lo intentaría y viviría en el espíritu de estas cosas, no en el espíritu del mundo de los negocios.

Pero frecuentemente el padre de Winifred la solicitaba a Londres: le encantaba tener a las niñas a su alrededor. Así que Egbert y ella debían tener un pequeño piso en la ciudad, y la joven pareja debía trasladarse de vez en cuando del campo a la ciudad. En la ciudad Egbert tenía bastantes amigos de su mismo nivel intelectual, que tanteaban las artes, la literatura, la pintura, la escultura, la música. No se aburría.

Tres libras a la semana, sin embargo, no pagaban todo esto. El padre de Winifred pagaba. Le gustaba pagar. A ella sólo le pasaba una pequeña pensión, pero con frecuencia le daba diez libras —o le daba a Egbert diez libras—. Así que ambos consideraban al anciano como el sostén. A Egbert no le importaba estar patrocinado y paga-

do. Unicamente cuando sentía que la familia era un poco *demasiado* superior, por causa del dinero, comenzaba a molestarse.

Luego, por supuesto, vinieron los niños: una encantadora rubita con cabeza de cardo. Todo el mundo adoraba a la niña. Era la primera exquisita cosa rubia que había entrado en la familia, una nenita de preciosos miembros blancos, delgados como su padre, y a medida que crecía, el danzarín primoroso movimiento del espíritu de una margarita silvestre. Como era de esperar todos los Marshalls querían a la criatura: la llamaron Joyce. Tenían su gracia, pero era lenta, bastante pesada. Todos ellos tenían miembros fuertes, pesados y cutis oscuros, y bajos de estatura. Y ahora tenían por uno de ellos esta luminosa niña primaveral. Era como un poemita en sí misma.

Pero sin embargo, originó una nueva dificultad. Winifred debía tener un ama. Sí, sí, debía haber un ama. Fue el decreto familiar. ¿Quién había de pagar al ama? El abuelo —al ver que el propio padre no ganaba ningún dinero—, sí, el abuelo pagaría, como había pagado todos los gastos del parto. Apareció una ligera sensación de linaje del dinero. Egbert vivía a expensas de su suegro.

Tras el nacimiento de la niña, nunca volvió a ser lo mismo entre él y Winifred. Al principio la diferencia apenas si fue perceptible. Pero ahí estaba. En primer lugar Winifred tenía un nuevo centro de interés. No iba a adorar a su niña. Pero tenía lo que la madre moderna tiene tan a menudo en lugar del amor espontáneo: un profundo sentimiento del deber hacia su niña. Winifred tenía en mucho a su querida niñita, y tenía un profundo sentimiento de deber hacia ella. Extraño que esta sensación de deber fuera más profundo que el amor por su marido. Pero así era. Y así es frecuentemente. La responsabilidad de la maternidad era la más importante responsabilidad en el corazón de Winifred: la responsabilidad de esposa venía muy por detrás.

Su niña parecía acoplarse con ella de nuevo en un círculo con su propia familia. Su padre y su madre, ella misma, y la niña, que para ella era la humana trinidad: ¿Su marido? Sí, aún lo amaba. Pero eso era como un juego. Tenía un sentimiento casi bárbaro del deber y la familia. Hasta que se casó, su primer deber humana había sido hacia su padre: era el pilar, la fuente de la vida, el sempiterno soporte. Ahora se añadía otro lazo a la cadena del deber: su padre, ella misma y su niña.

Egbert quedaba fuera. Sin que nada sucediera, era gradual, inconscientemente excluído del círculo. Su esposa aún lo quería, físicamente. Pero, era *casi* la parte innecesaria del episodio. No podía quejarse de Winifred. Todavía cumplía su deber con él. Todavía sentía una pasión física por él, esa pasión física en la que había puesto toda su vida y alma. Pero, pero...

Durante mucho tiempo hubo un eterno periódico *pero*. Y luego, tras la segunda niña, otra rubia, encantadora y conmovedora cosita, no tan espléndida y brillante como Joyce. Después de que Annabel viniera, entonces, ciertamente, Egbert comenzó a darse cuenta de cómo era. Su esposa aún lo quería. Pero ahora, el pero se había hecho enorme, su amor físico por él tenía una importancia secundaria. Se hizo cada vez menos importante. Después de todo, por estas fechas, hacía dos años, que tenía esta pasión física.

No era de esto de lo que se vivía. No, no, de algo más duro, más real.

Comenzó a resentirse de su pasión por Egbert —comenzó a despreciarlo un poquito—. Sin embargo, después de todo, tenemos que era encantador, era amable, era terriblemente deseable. Pero —pero, ¡ah!, la terrible y amenazante nube de ese *pero*— él no permanecía firme en el paisaje de su vida como una torre de fuerza, como un gran pilar de trascendencia. No, era como un gato que se tiene por la casa, que un día desaparece y no deja ninguna señal. Era como una flor del jardín, estremeciéndose con el viento de la vida, y que luego se va, no dejando traza. Como acompañante, como accesorio, era perfecto. A muchas mujeres les hubiera encantado tenerlo junto a ellas toda la vida, la más hermosa y deseable de todas sus posesiones. Pero Winifred pertenecía a otra escuela.

Los años pasaron, y en vez de esforzarse por luchar más con la vida, él se relajo más. Era de naturaleza sutil, sensible, apasionada. Pero sencillamente, no *quería* darse a lo que Winifred llamaba vida, *el Trabajo*. No, no entraría en el mundo y el trabajo por dinero. Sencillamente no. Si a Winifred le gustaba vivir por encima de su pequeña renta, bien, allá ella.

Y realmente Winifred no quería que se adentrara en el mundo para trabajar por dinero. El dinero se hizo, ¡ay!, palabra como chispa entre ambos, que los encendía de rabia. Pero por eso debemos hablar con símbolos. En realidad Winifred no se preocupaba por el dinero. No le importaba que él ganara o no ganara nada. Tan sólo sabía que dependía de sus padres en las tres cuartas partes del dinero que gastaba en ella y las niñas, que permitía que eso fuera el *casus belli*, la espada desnuda entre ella y Egbert.

¿Qué quería ella, qué quería? Una vez su madre le dijo, con ese característico tono de ironía: «Bien, cariño, si tu sino es pensar en los lirios, que no fatigan, ni marean, ese es un destino entre muchos otros, y quizás no tan incómodo como la mayoría. ¿Por qué te ofendes, hija mía?

La madre era más sutil que sus hijas, ellas muy rara vez sabían qué responderle. Así que Winifred aún estaba más confundida.

No era cuestión de lirios. Por lo menos, si

Dibujo original de MABEL

fuera cuestión de lirios, entonces sus hijas serían las florecitas. Por lo menos ellas *crecían*. Pues Jesús dice: «Fijaos *cómo crecen* los lirios». Pues bien, ella tenía a sus niñas creciendo. Pero en cuanto a esa otra alta bonita flor de su padre, ya había crecido del todo, por lo que ella no quería pasar su vida fijándose en él en la flor de sus días.

No, no era que no ganase dinero. No era que fuese ocioso. *No* era ocioso. Siempre estaba haciendo algo, siempre trabajando allá lejos, abajo en Crockham, haciendo trabajitos. Pero, ¡vaya!, qué trabajitos —las sendas del jardín— las vistosas flores, las sillas que reparar, ¡viejas sillas que reparar!

¡Nada le interesaba! Si hubiera hecho algo infructuoso, y *perdido* el dinero que tenían. Si por lo menos se hubeira esforzado por algo. No, incluso si hubiera sido perverso, derrochador, ella hubiera sido más libre. Hubiera tenido algo a que oponerse, por lo menos. Un derrochador se interesa por algo, de verdad. El dice: «No, no ayudaré ni seré cómplice de la sociedad en este negocio de acrecentar y unificar, desbarataré sus planes tanto como pueda, con mis pocos medios». O algo más que decía: «No, no me preocuparé de los otros. Si tengo defectos, a mí me pertenecen, y los prefiero a las virtudes de los demás». Así, un derrochador, un bribón adopta una clase de actitud. Se expone a la competencia y al castigo final: por lo menos en las novelas.

¡Qué Egbert! ¿Qué has de hacer con un hombre como Egbert? No tenía ningún vicio. Era realmente amable, generoso mejor dicho. Y no era débil. Si hubiera sido débil Winifred podría haber sido amable con él. Pero ni siquiera le daba ese gusto. No era débil, y él no quería su consuelo o su amabilidad. No, gracias. Era de temperamento suave, apasionado y de un acero más raro que ella. El lo sabía, y ella lo sabía. Por eso ella era tan sólo la cosa pobre, más desconcertada y enfurecida. El, el más alto, el más fino, a su forma el más fuerte, jugaba con su jardín, y sus viejas canciones folklóricas y las danzas de Morris, simplemente jugaba, y dejaba que ella sostuviera los pilares del futuro en su propio corazón.

Y él empezó a amargarse, y un mordaz aspecto empezó a surgir en su rostro. No se rendía a ella. El no. Había siete demonios en su largo, delgado cuerpo blanco. Tenía buena salud, lleno de vida contenida. Sí, incluso él tenía que encerrar su propia intensa vida dentro de sí, ahora ella no la extraería de él. O mejor dicho, ahora que ella sólo la tomaba ocasionalmente. Pues a veces ella tenía que ceder. Lo amaba tanto, lo deseaba tanto, era tan exquisito con ella, que criatura tan dulce, más dulce que ella. Sí, con un gemido tenía que entregarse a su insaciable pasión por él. Y entonces iba a ella —¡ah, terrible, ah, maravilloso!—, a veces se preguntaba cómo podían vivir tras el terror de la pasión que los arrollaba. Para ella era como si pura iluminación, destella tras destello, recorriera cada una de sus fibras, hasta que la extinción llegaba.

Pero el destino de los seres humanos es seguir viviendo. Y es el destino de las nubes que no tienen otro aspecto que el de partículas de vapor que lentamente se acumulan y llenan los cielos y oscurecen al son enteramente.

Así era. El amor regresaba, la iluminación de la pasión destellaba tremendamente entre los dos. Y había cielo azul y magnificencia por un breve espacio. Y luego, tan inevitable, tan inevitable, lentamente las nubes comenzaban a aproximarse de nuevo por encima del horizonte, lentamente, lentamente a acehcar desde el cielo lanzando una inesperada sombra fría y odiosa: lentamente, lentamente a congregarse, a llenar el espacio empíreo.

Y a medida que los años pasaban, la iluminación esclarecía e cielo cada vez más raramente, cada vez menos se mostraba el azul. Gradualmente el techo gris se desplomaba sobre ellos, como si fuera permanente.

¿Por qué, entonces, Egbert no hacía algo? ¿Por qué no luchaba a brazo partido con la vida? ¿Por qué no era como el padre de Winifred, un pilar de la sociedad, por lo menos una tenue, exquisita columna? ¿Por qué no se ponía a trabajar en algo? ¿Por qué no tomaba alguna dirección?

Bueno, se puede llevar un asno al agua, pero no se le puede hacer beber. El mundo era el agua y Egbert era el asno. Y él no bebía nada. No podía: simplemente no podía. Dado que la necesidad no lo forzaba a trabajar por su pan y mantequilla, no trabajaría por amor al trabajo. No se puede hacer que las aguileñas se mezcan en Enero, ni hacer que el cucú cante en Inglaterra por Navidades. ¿Por qué? No es su estación. No quiera. Más aún, no puede querer. Y en este punto estaba Egbert. No podía alinearse con el trabajo del mundo, porque este deseo básico estaba ausente de él. Más aún, en el fondo de él había un deseo todavía más fuerte: mantenerse aislado. No hacer daño a nadie. Pero mantenerse aislado. No era su estación.

Tal vez no debiera de haberse casado ni tener niños. Pero no se puede detener las agudas pasadas.

Lo que también Winifred creía que era verdad. No estaba hecha para mantenerse aislada. Su árbol familiar era una robusta vegetación que tenía que estar agitándose y creyendo. En una u otra dirección *tenía* que ir su vida. En su propio hogar no había conocido nada de esta falta de confianza en sí misma que encontraba en Egbert, y que no podía comprender, que la arrojaba a tal consternación. ¿Qué debía hacer, qué debía hacer, a la vista de esta terrible falta de confianza?

Todo era tan diferente de su hogar. Puede que su padre tuviera dudas, pero se las guardaba. Quizás no tuviera una confianza muy profunda en este mundo nuestro, en esta sociedad que hemos elaborado con tanto esfuerzo, sólo para encontrarnos a nosotros mismos elaborados hasta la muerte por último. Pero Godfrey Marshall era de dura áspera fibra, no sin una hebra de sana astucia en toda ella. Para él era cuestión de triunfar totalmente, y dejar el resto al cielo. Sin que tuviera muchas ilusiones que lo adornarán, él todavía *creía* en el cielo. De forma oscura e incondicional, tenía una especie de fe: una fe áspera como la savia de un trozo de árbol no-a-exterminar. Simplemente una ciega áspera fe como la savia es ciega y áspera, y que sin embargo empuja en expansión y fe. Tal vez no tuviera escrúpulos, pero sólo como un árbol en luche no tiene escrúpulos, haciendo su propio camino en la jungla de los otros.

Al final, tan sólo esta robusta ensaviada fe es la que mantiene al hombre en movimiento. Pueda que siga con vida durante muchas generaciones dentro del refugio de la institución social que ha erigido para sí, como los perales y grosilleros continuarían dando frutos por muchas estaciones, dentro de un jardín amurallado, incluso si el género humana fuera rápidamente exterminado. Pero poco a poco los árboles-frutales-amurallados derrumbarían gradualmente las mismísimas murallas que los sostenían. Poco a poco toda institución se derrumba a menos de que se renueven o restauren por manos vivas, permanentemente.

Egbert ya no podía dedicarse a este menester de la renovación o de la restauración. No se daba cuenta del hecho, pero, de cualquier forma, la conciencia no ayudaba mucho. Simplemente no podía. Tenía la cualidad epicúrea y estóica de su vieja y bonita educación. Su suegro, sin embargo, aunque no estaba una pizca más loco que Egbert, se daba cuenta de que puesto que aquí estamos también podemos vivir. Y de este modo se dedicaba a su propio diminuto campo de trabajo social, y a hacer todo lo posible por su familia y a dejar lo demás al definitivo deseo del cielo. Una cierta robustez de la sangre le hacía capaz de continuar. Pero a veces se aceleraba en él un súbito acceso de amargura contra el mundo y su composición. Y sin embargo tenía su propio deseo de superación y esto le hacía continuar hasta el final. Rehusaba a preguntarse el coste del éxito. El coste era la finca de Hampshire y sus criaturas que no carecían de nada, y él mismo, de alguna importancia en el mundo y *¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!* (1).

No obstante no imaginemos que se trataba de un vulgar luchador. No. Sabía tan bien como Egbert qué quería decir la palabra desilusión. Quizás en su alma había la misma consideración del éxito. Pero tenía un cierto coraje áspero y un cierto afán de poder. En su pequeño círculo solía emanar el poder, el único poder de su propio yo ciego. Con todo este malcriar de sus criaturas, era aún el padre del viejo tipo inglés. Era demasiado sabio para hacer leyes y dominar en abstracto. Pero había mantenido, y todo honor a él, un cierto dominio primitivo sobre las almas de sus criaturas, el viejo, casi mágico prestigio de la paternidad. Ahí estaba, aún ardiente en él, la vieja antorcha humeante o la paternal divinidad.

Y en el sagrado resplandor de esta antorcha habían crecido sus criaturas. Por fin, había dado a las chicas toda la libertad. Pero realmente nunca las dejó ir más allá de su poder. Y ellas, arriesgándose a entrar en la dura luz blanca de nuestro mundo huérfano de padre, aprendieron a ver con los ojos del mundo. Aprendieron a criticar a su padre, incluso, con alguna efulgencia de mundanal luz blanca, a verlo como inferior. Pero todo esto estaba muy bien en la cabeza. El instante en que olvidaron sus hábitos críticos, la vieja luz roja de su autoridad volvió a regresar a ella. El no podía apagarse.

Dejemos al psicoanalista hablar del complejo del padre. Tan sólo se trata de un término inventado. Aquí había un hombre que había mantenido viva la vieja llama roja de la paternidad, paternidad que incluso tenía el derecho de sacrificar el niño a Dios, como Isaac. Paternidad que tenía la autoridad de vida y muerte sobre los niños: un gran poder natural. Y hasta que sus criaturas pudieran someterse a alguna otra gran autoridad como las chicas, o pudieran llegar a la edad viril y fueran ellas mismas centros del mismo poder, continuando el mismo misterio viril que los hombres, hasta entonces, a las buenas o a las malas, Godfrey Marshall mantendría a sus criaturas.

Era como si pudiera perder a Winifred. Winifred había adorado a su marido, y respetado como algo maravilloso. Quizás había esperado de él otra gran autoridad, una mayor autoridad masculina, más bella que la de su padre. Pues una vez conocido el calor del poder masculino, no se volcaría fácilmente hacia la fría luz blanca de la independencia femenina. Tendría hambre, hambre toda su vida del calor y refugio de la verdadera fuerza masculina.

Y hambre pasaría, pues el poder de Egbert yacía en la abnegación del poder. El era la negación viviente del poder. Incluso de la responsabilidad. Pues la negación del poder al fin y al cabo significa la negación de la responsabilidad. En cuanto a esto se limitaba a sí mismo. Intentaba, en cuanto le era posible, abstenerse de *influir* en sus criaturas por asumir cualquier responsabilidad por ellas. «Un pequeño niño los guiará». Su niño, pues, se guiaría. No intentaría hacerle ir en ninguna dirección. Se abstendría de influir. ¡Libertad!

(1) Los mismos términos aparecen en el original (N. del T.)

La pobre Winifred era como pez fuera del agua dentro de esta libertad, anhelando el elemento más denso que la pudiera contener. Hasta que su niño llegara. Y luego supo que debía responsabilizarse del mismo, hasta que pudiera ejercer autoridad sobre él.

Pero aquí Egbert intervenía silenciosa y negativamente. Silenciosamente, negativamente, pero, fatalmente, neutralizaba la autoridad de ella sobre sus niños.

Hubo el nacimiento de una tercera niña. Y tras ésta Winifred no quiso más hijos. Su alma se estaba amargando.

De este modo ella se encargaba de los niños, eran su responsabilidad. El dinero para ellos había venido de su padre. Haría todo lo posible por ellos, y dispondría de sus vidas y de sus muertes. ¡Pero no! Egebert no quería tomar responsabilidades. Ni siquiera proporcionaría el dinero. Pero no la dejaría emprender su camino. No permitía su oscura, silenciosa y apasionada autoridad. Era una lucha entre los dos, la lucha entre la libertad y el viejo poder de la sangre. Y por supuesto ganó él. Las niñas lo amaban y adoraban. «¡Papi! ¡Papi!». Podían hacer con él lo que quisieran. Su madre querría haberlas dominado. Las hubiera dominado apasionadamente, con satisfacción, con la vieja magia antigua de la autoridad paternal, algo importante e incuestionable y, después de todo, divino, si creemos en la autoridad divina. Los Marshalls creían, eran católicos.

Y Egbert, convirtió su vieja oscura autoridad de sangre católica en una especie de tiranía. No le dejaba sus niños. La privaba de ellos y sin asumir responsabilidad. Se los robaba, emocional y espiritualmente, sólo la dejaban dirigir su conducta. Una inmensurable ingratitud para una madre. Y sus niños lo adoraban, lo adoraban, apenas conocedores de la vacua amargura que se estaba fraguando cuando fueran mayores para tener maridos también: esposos como Egbert, adorable y nulo.

Joyce, la mayor, era aún la favorita. Era una cosita caprichosa de seis años. Bárbara, la más joven, era una niñita de dos años. Pasaban la mayor parte del tiempo allá en Crockham porque él quería estar allí. E incluso a Winifred le encantaba plenamente el sitio. Pero ahora, en su frustrada y ciega situación, estaba lleno de amenazas para las niñas. Las víboras, las bayas venenosas, el arroyo, el pantano, el agua que bien pudiera no ser potable, lo uno y lo otro. Entre madre y niñera había una rencilla permanente, y una alegre desobediencia caprichosa de las tres rubias y nunca tranquilas niñas. Tras ellas, el padre, contra madre y niñera. Y así estaban las cosas.

—Tata si no vienes enseguida me iré a las serpientes.

—Joyce, ten paciencia. Estoy cambiando a Annabel.

Así es como están las cosas. Así era: siempre igual. Trabajando lejos en el campo, al otro lado del arroyo. El lo oía. Y seguía trabajando, exactamente igual.

De pronto oyó un grito agudo y arrojó la pala, se dirigió hacia el puente, levantando los ojos como un ciervo asustado. ¡Ah!, allí estaba Winifred, Joyce se había herido. Siguió hasta el jardín.

—¿Qué pasa?

La niña todavía estaba gimiendo, ahora un «¡Papi! ¡Papi! ¡Oh, oh, Papi!» y la madre diciendo: «No tengas miedo, cariño. Deja que mire la mamá». Pero la niña tan sólo gritaba:

—¡Oh!, papá, papá, papá!

Estaba aterrorizada ante la vista de la sangre corriendo por la rodilla. Winifred se acurrucó, con su niña de seis años en su regazo, para examinar la rodilla.

Egbert se agachó también.

—No hagas tanto escándalo, Joyece —dijo irritado—. ¿Cómo se lo ha hecho?

—Se cayó sobre esa hoz que dejaste tirada por ahí después de cortar el césped —dijo Winifred, investigando en su rostro con amarga acusación mientras se inclinaba acercándose.

El había cogido el pañuelo y se lo ató alrededor de la rodilla. Luego levantó en sus brazos a la niña que todavía estaba llorando, y la llevó a casa y la subió a su cama. En sus brazos se tranquilizó. Pero su corazón ardía de dolor y culpa. El había dejado la hoz allí tumbada, en el borde la hierba, y de esta forma su primer hijo, a quien había querido tan tiernamente se había herido. Pero había sido un accidente, fue un accidente. ¿Por qué debía sentir culpabilidad? Probablemente no sería nada, se pondría mejor en dos o tres días. ¿Por qué tomárselo a pecho, por qué preocuparse? Lo apartó de su pensamiento.

La niña yacía en la cama con su pequeñito vestido de verano, su cara muy blanca ahora, tras la emoción, la niñera había venido trayendo a la más pequeña: y la pequeñita Annabel estaba de pie sujetándose la falda. Winifred terriblemente seria y como si fuese de piedra, se inclinaba sobre la rodilla, en la que ella había empapado de sangre su pañuelo. Egbert se inclinó hacia adelante, también, manteniendo la «sang-troid» más en el rostro que en el corazón. Winifred se volvió una estatua de seriedad, por lo que él hubo de mantener cierta reserva. La niña gemía y sollozaba.

La rodilla sangraba todavía profusamente, era un corte profundo justo en la coyuntura.

—Sería mejor que fueses al médico, Egbert —dijo Winifred amargamente.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —lloraba Joyce de pánico.

—Joyce, cariño mío, no llores —dijo Winifred, cogiendo súbitamente a la niñita contra su pecho con extraña y trágica angustia, la *Mater Dolorata.* Hasta la niña estaba asustada con el silencio. Egbert miraba la trágica figura de su esposa con la niña en su pecho y se dio la vuelta. Solamente Annabel comenzó a llorar de pronto—. Joyce, Joyce, Joyce, no dejes que te sangre la pierna.

Egbert hizo cuatro millas hasta el pueblo en busca del médico. No podía evitar que Winifred estuviese exagerando. Seguramente la rodilla no le dolía. Seguramente no. Tan sólo era un corte superficial.

El médico estaba fuera. Egbert dejó el recado y regresó a casa pedaleando con rapidez, el corazón le dolía de ansiedad. Bajó sudoroso de la bicicleta y entró en la casa, sintiéndose muy humillado, como un hombre culpable. Winifred estaba arriba sentada junto a Joyce, con aspecto pálido e importante en la cama y comiendo pudin de tapioca. La pálida, pequeña y espantada carita de su niña entristeció a Egbert.

—El doctor Wing estaba fuera. Estará aquí sobre las dos y media —dijo Egbert.

—Yo no quiero que venga —lloriqueó Joyce.

—Joyce, cariño, debes tener paciencia y tranquilizarte —dijo Winifred.

—No te hará daño. Pero nos dirá lo que tenemos que hacer para que la rodilla se ponga pronto mejor. Por eso debe venir.

Winifred siempre se explicaba cuidadosamente con sus niñitas, y siempre obtenía de sus labios las adecuadas palabras para la situación.

—¿Sangra aún? —dijo Egbert.

Winifred movió con cuidado las ropas de la cama hacia los lados.

—Creo que no —dijo.

También Egbert se inclinó para mirar.

—No, no sangra —dijo ella. Luego él se incorporó con una expresión de alivio en el rostro. Se volvió hacia la niña.

—Cómete el pudin, Joyce —dijo—. No será nada. Solamente tendrás que estar inmóvil durante unos días.

—Tú no has comido, ¿verdad, papá?

—Todavía no.

—La niñera te lo dará —dijo Winifred.

—Te pondrás bien, Joyce —dijo sonriendo a la niña y apartándole de la frente su rubio cabello. Ella le devolvió la sonrisa con rostro amable.

Bajó las escaleras y comió a solas. La niñera le sirvió. Le gustaba servirle. Gustaba a todas las mujeres y todas gustaban de hacer cosas por él.

Llegó el médico, un galeno campestre, grueso, agradable y amable.

—Qué, pequeña, te has caído, ¿verdad? ¡No tenía otra cosa que hacer una señorita como tú! ¡Qué! Y te has hecho un corte en la rodilla. Hum, hum, hum. No llevaste cuidado, ¿cómo fue? No es nada, no es nada, pronto estarás bien. Veamos. No te dolerá. No será la última vez. Traiga una jofaina con un poco de agua caliente. Pronto estará bien, pronto estará bien.

Joyce le sonrió con una pálida sonrisa de ligera superioridad. Esta *no* era la forma en que se le solía hablar.

Se inclinó, mirando cuidadosamente la pequeña y delgada rodilla herida de la niña. Egbert se inclinó por encima de él.

—¡Vaya, vaya! Un cortecito bastante profundo. Una heridita sucia. Una heridita sucia. Pero, no pasa nada. No pasa nada, señorita. Pronto la tendremos mejor. Pronto la tendremos mejor, señorita. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Joyce —dijo la niña con claridad.

—¡Ah, qué bien! —respondió—. ¡Ah, qué bien! Bueno, es un nombre bonito, en mi opinión. Joyce ¿eh? ¿Y cuántos años tiene la señorita Joyce? ¿Sabes responderme a eso?

—Tengo seis —dijo la niña, ligeramente divertida y muy condescendiente.

—¡Seis! Fíjate. Suma y cuenta hasta seis, ¿sabes?

—Bueno, una verdadera niña lista, una niña lista. Y si tiene que tomarse una cucharada de medicina, no se quejará, lo aseguro. No como *algunas* niñas pequeñas. ¿Qué? ¿Eh?

—La tomaré si mi madre desea que lo haga —digo Joyce.

—¡Ah, eso es! ¡Así se dice! Eso es lo que me gusta oír de una señorita que está en la cama porque se ha hecho un corte en la rodilla. Así se dice.

El reconfortante y prolijo doctor curó y vendó la rodilla y recomendó cama y una dieta ligera para la pequeña señorita. Pensó que con una o dos semanas sería suficiente. Afortunadamente no había ningún hueso ni ligadura dañada. Sólo un corte superficial. Vuelva dentro de uno o dos días.

De esta forma Joyce se tranquilizó y se quedó en la cama y tuvo todos sus juguetes. Su padre jugaba a menudo con ella. El médico volvió al tercer día. Estaba cicatrizando. Sí, sí, cicatrizando. Que la niña siga en cama. Volvió nuevamente tras uno o dos días. Winifred estaba un poco intranquila. La herida parecía estar cicatrizando por

fuera pero a la niña le dolía demasiado. No tenía muy buen aspecto. Así se lo dijo a Egbert.

—Egbert, estoy segura de que la rodilla de Joyce no está cicatrizando debidamente.

—Yo creo que sí —dijo él—. Creo que todo va bien.

—Preferiría que el doctor Wing volviera de nuevo, no me siento satisfecha.

—¿No te empeñas en ver las cosas peor de como en la realidad son?

—Tenías que decir eso, por supuesto. Pero voy a escribirle una tarjeta al doctor Wing.

El médico vino al día siguiente. Examinó la rodilla. Sí había inflamación. Sí, pudiera haber un pequeño envenenamiento aséptico, pudiera haber. Pudiera. ¿Tenía fiebre la niña?

Así pasaron dos semanas, y la niña tenía fiebre, y la rodilla estaba más inflamada y se puso peor y hacía daño, hacía daño. De noche lloraba y su madre tenía que levantarse y estar con ella. Egbert todavía insistía en que realmente no era nada, se le pasaría. Pero en el fondo estaba intranquilo.

Winifred volvió a escribir a su padre. El sábado se presentó el anciano. Y aún no había visto Winifred la gruesa y más bien baja figura, con su traje gris, cuando una gran añoranza se apoderó de ella.

—Padre, no estoy satisfecha con Joyce. No estoy satisfecha con el Dr. Wing.

—Bien, Winnie, cariño, si no estás satisfecha debemos conocer más opiniones, eso es todo.

El robusto anciano poderoso subió las escaleras, su voz sonaba, resonaba más bien por toda la casa, como si cortase la tensa atmósfera.

—¿Cómo estás, Joyce, cariño? —le dijo a la niña—. ¿Te duele la rodilla? ¿Te duele, cariño?

—A veces sí. —La niña le tenía vergüenza, una cierta frialdad.

—Bueno, cariño, lo siento mucho. Espero que sepas soportarlo y no preocupes mucho a la mamá.

No hubo respuesta. Le miró la rodilla. Estaba enrojecida y rígida.

—Desde luego —dijo él—, creo que debemos conocer la opinión de otro médico. Y si vamos a hacerlo cuanto antes mejor. Egbert ¿crees que podrías coger la bicicleta hasta Birmingham y buscar al doctor Wayne? Con la madre de Winnie lo encontré *muy* satisfactorio.

—Puedo ir si lo considera necesario —dijo Egbert.

—Ciertamente lo considero necesario. E incluso si no es nada, nos tranquilizaremos. Ciertamente lo considero necesario. Me gustaría que el doctor Wayne viniese esta tarde si puede ser.

Así que Egbert se puso en marcha con la bicicleta rompiendo el viento, como niño que hace recados, dejando a su suegro un pilar de serenidad, con Winifred.

El doctor Wayne vino y pareció preocupado. Sí, la rodilla era seguro que estaba tomando un mal camino. La niña podría quedarse coja para toda la vida.

El fuego y el temor y la rabia impregnaron los corazones de todos. El doctor volvió al día siguiente para efectuar un examen exhaustivo. Y sí, la rodilla había emprendido una mala marcha. Debía ser vista por rayos X. Era muy importante.

Godfrey Marshall subió y bajó la vereda con el doctor, junto al coche estacionado: arriba y abajo en una de esas consultas de las que tantas había tenido en la vida.

Como resultado se encerró en Winifred.

—Bien, Winnie, cariño, lo mejor que podemos hacer es subir a Joyce a Londres. A una clínica en la que pueda tener el tratamiento adecuado. Desde luego se ha consentido en que la rodilla empeorase. Y aparentemente existe el riesgo de que la niña incluso pueda perder la pierna. ¿Qué piensas cariño? ¿Estas de acuerdo en que la subamos a la ciudad y que la pongamos bajo los mejores cuidados?

—¡Ay!, padre, tú *sabes* que haría cualquier cosa por ella.

—Sé que lo harías, Winnie, cariño. Lo triste es que ya se haya dado este desafortunado retraso. No puedo pensar qué ha podido estar haciendo el doctor Wing. Aparentemente la niña está en peligro de perder la pierna. Bien, entonces si lo tienes todo listo, mañana la subiremos a la ciudad. Ordenaré que el coche de Denley esté aquí a las diez. Egbert, ¿quieres enviar enseguida un telegrama al doctor Jackson? Es una pequeña clínica de niños y para casos quirúrgicos, no lejos de Baker Street. Estoy seguro de que Joyce estará perfectamente allí.

—¿¡Oh, padre, no puedo cuidarla yo misma!?

—Bueno, cariño, si ha de tener el tratamiento adecuado, tendría el mejor en una clínica. El tratamiento de rayos X, y el tratamiento eléctrico, cualquier cosa necesaria.

—Costará muchísimo —dijo Winifred.

—No podemos pensar en los gastos, si la pierna de la niña está en peligro o incluso su vida. No tiene sentido hablar de los gastos —dijo el anciano impacientemente.

Y así fue. La pobre Joyce, extendida a lo largo sobre una cama en el interior del gran co-

che cerrado —la madre sentada a su cabeza, el abuelo con su barba corta de color gris y un sombrero hongo, sentado a sus pies, íntimo e implacable con su autoridad— se alejaron lentamente de Crockham, y de Egbert que se quedó descubierto y algo ignominioso, quedando detrás. El debía cerrar la casa y llevar al resto de la familia, de vuelta a la ciudad, en tren al día siguiente.

Tiempo oscuro y amargo vino después. La pobre niña. La pobre, la pobre niña ¡cómo sufrió!, un tormento y larga crucifixión en aquella clínica. Fueron seis semanas que cambiaron el espíritu de Winifred para siempre. Mientras se sentaba junto a la cama de su pobre, torturada niñieta, torturada con el tormento de la rodilla y el tormento todavía peor de estos diabólicos, pero tal vez necesarios, tratamientos modernos. Sentía morir y helarse su corazón el pecho. Su pequeña Joyce, su frágil, brava, maravillosa y pequeña Joyce, frágil y pequeña y pálida como una flor blanca. ¡Ah, cómo ella, Winifred, se habría atrevido a ser tan mala, tan mala, tan descuidada, tan sensual!

«¡Que muera mi corazón! ¡Que muera mi corazón de carne de mujer! Señor, que muera mi corazón. Y salva a mi hija. Que muera mi corazón ante el mundo y la carne. Oh, destruye mi corazón que es tan caprichoso. Que mi corazón de orgullo muera. Que muera mi corazón».

Así rezaba junto a la cama de su hija. Y como la Madre de los siete pañales en el pecho, lentamente, su corazón de orgullo y pasión murió en su pecho, desangrándose. Lentamente murió, desangrándose, y ella se dirigió a la Iglesia en busca de consuelo, a Jesús, a la Madre de Dios, pero más que nada, a esa grande y sufrida institución, la Iglesia Católica Romana. Se retiró a la sombra de la Iglesia. Era madre de tres hijos. Pero en su alma murió, su corazón de orgullo y pasión y deseo se desangró hasta la muerte; su alma pertenecía a su Iglesia, su cuerpo pertenecía a su deber de madre.

Su deber de esposa no contaba. Como esposa no tenía ningún sentido su deber: únicamente una cierta amargura hacia el hombre con el que había conocido tal sensualidad y perturbación. Era puramente la *Mater Dolorata*. Para el hombre cerrada como un sepulcro.

Egbert vino a ver a su hija. Pero Winifred parecía estar siempre asentada allí, como la tumba de su hombría y paternidad. Pobre Winifred: todavía era joven, todavía fuerte y rubicunda y hermosa como una flor tersa y rojiza del campo. Extraño su rubicundo rostro saludable, tan sombrío, y su fuerte, pesado cuerpo lleno de sangre, tan rígido. ¡Ella, una monja! Jamás. Y sin embargo, las puertas de su corazón y de su alma se habían cerrado en su rostro con un lento rechinar sonoro, se habían cerrado dejándolo fuera para siempre. No tenía ninguna necesidad de entrar en un convento. Su deseo lo había hecho.

Y entre esta madre joven y este padre joven yacía la hija tullida, como un trocito de capullo de seda pálida sobre la almohada, y una pequeña cara blanca apagada por el sufrimiento. No podía resistirlo. Simplemente que él era incapaz resistirlo. Se apartó. No había nada que hacer, salvo desviarse. Se apartó y fue de un sitio a otro, sin rumbo fijo. Todavía era atractivo y deseable. Pero había un ligero frunce entre sus cejas como si hubiesen sido incrustado a golpe de martillo. Hendido para siempre y ese era el estigma.

La pierna de la niña se salvó pero la rodilla quedó agarrotada. Ahora el temor era a que la parte inferior de la pierna se atrofiara o dejase de crecer. Tuvo que prolongar el masaje continuo y el tratamiento, tratamiento diario, incluso cuando la niña abandonó la clínica. Y el total de los gastos fue costeado por el abuelo.

Egbert no tenía ya un auténtico hogar. Winifred con las niñas y la niñera estaban atadas al pisito de Londres. El no podía vivir allí, no podía. La casita se cerró o prestó a los amigos. El bajaba algunas veces a trabajar en su jardín y a mantener el lugar en orden. Luego con la casa vacía a su alrededor por las noches, todas las habitaciones vacías, sentía que su corazón se estaba pervirtiendo. El sentimiento de frustración y futilidad, como de serpiente lenta y aletargada, carcomía lentamente su corazón. Futilidad, la futilidad. El horrible veneno del pantano invadió sus venas y lo mató.

Mientras trabajaba en el jardín con el silencio del día esperaba oír algún ruido. Ningún ruido. Ningún ruido de Winifred desde el oscuro interior de la casita. Ningún ruido de las voces de los niños en el aire, desde el campo, desde la distancia cercana. Ningún ruido, nada, salvo la atmósfera intacta del lugar por el viejo y obscuro pantano. De este modo trabajaba espasmódicamente durante el día y de noche encendía un fuego y a solas se hacía algo de comer.

Estaba solo. El mismo limpiaba la casita y se hacía la cama. Pero no la costura. Sus camisas estaban rotas por los hombros, cuando había estado trabajando, se veía su blanca carne. Sentía el aire y las gotas de agua en su carne descubierta. Y miraba nuevamente por el campo, donde la oscura, encrestada aulaga moría para sembrar, y los brezos se hacían rosa en crestas, como un rociado de sangre de sacrificio.

Su corazón se volvió al viejo espíritu salvaje del lugar. El deseo de los viejos dioses, viejos, pasiones perdidas, la pasión de la sangre que se ha enfriado, serpientes agresivas que siseaban y arrojaban lejos de él el misterio de los sacrificios cruentos, todas las sensaciones perdidas, las intensas sensaciones de las gentes primigenias del

lugar, cuyas pasiones aún bullían en el aire, desde aquellos lejanos días anteriores a la llegada de los romanos.

La ebullición de una pasión perdida y oscura en el aire. La presencia de serpientes invisibles.

Un extraño aspecto, misterioso, casi perverso apareció en su rostro. No podía estar mucho tiempo en la casita. De pronto tenía que dar vueltas con la bicicleta e irse a cualquier sitio. Cualquier sitio, lejos del lugar. Se quedaba algunos días con su madre en el viejo hogar. Su madre lo adoraba y sufría como una madre. Pero la sonrisita, confusa, medio perversa encrespaba su rostro, y él daba vueltas lejos de los cuidados de su madre como de la de cualquier otra cosa.

Siempre moviéndose, de un sitio a otro, de un amigo a otro, y siempre alejándose de la compasión. Tan pronto como la compasión, como una mano suave, quedó fuera de su alcance, se alejó instintivamente, como una serpiente inofensiva que se aleja y se aleja y se aleja de una mano extendida. Debía irse lejos. Pero periódicamente regresaba a Winifred.

Ahora resultaba terrible para ella, una tentación. Ella se había dedicado a su niña y a su iglesia. Joyce estaba una vez más a su pies, pero ¡ay! coja, con apoyos de hierro en la pierna y una pequeña muleta. Era extraña la forma en que se había transformado en una cosita larga, pálida, salvaje. Era extraño que el sufrimiento no la hubiese hecho suave y dócil sino que la había convertido en una niña de temperamento salvaje, casi una *menade*. Tenía siete años y era alta y blanca y delgada pero de ningún modo sumisa. Su cabello rubio estaba oscureciéndose. Aún había sufrimiento en su rostro y, en su conciencia de niña, el estigma de tener que soportar una cojera.

Y ella la soportaba. Un valor casi de *ménade* parecía poseerla, como si fuese un arpón de vida alta, delgada, joven. Reconocía todo el cuidado de su madre. Permanecería para siempre junto a su madre pero algo de la desesperación controlada de su padre brillaba en ella.

Cuando Egbert vio a su nenita cojeando horriblemente, no sólo cojear sino dar bandazos horribles de tullido, como lo hacen los niños, su corazón volvió a contraerse de desazón, como el acero que se templa por segunda vez. Existía una tácita comprensión entre él y su niñita, no lo que nosotros llamaríamos amor sino un parentesco de armas.

Había un leve toque de ironía en su comportamiento con ella que contrastaba agudamente con la solicitud y cuidados ponderosos y ácimos de Winifred. La niña fluctuaba hacia él con una significativa sonrisilla de ironía e indiferencia. Una extraña frivolidad que sólo ponía a Winifred más sombría y seria.

Los Marshalls estaban absortos en reflexiones y aflicciones por la niña, buscando todos los medios por salvar su miembro y su activa libertad. No reparaban ni en esfuerzos, ni en dinero, ni en deseos de la voluntad. Con toda su lenta fuerza poderosa querían que Joyce salvara su libertad de movimiento, que recobrase su gracia salvaje y libre. Incluso necesitando mucho tiempo para recuperarse, tenía que ser recuperada.

Así estaba la situación. Y Joyce cedió, semana tras semana, mes tras mes, a la tiranía y al dolor del tratamiento. Ella reconocía el digno esfuerzo que por ella se estaba haciendo. Pero su llameante espíritu temerario era el del padre. El era quien tenía todo el encanto para ella. El y ella eran como miembros de alguna prohibida sociedad secreta que conoce a todos sus miembros pero que no puede reconocerlos. Tenían en común el conocimiento, el mismo secreto de la vida, el padre y la hija. Pero la niña se quedó en el reducto de su madre, honrosamente, y el padre erró por el exterior, como Ismael, sólo iba algunas veces para sentarse en el hogar durante una o dos horas, una o dos tardes junto al reducto de fuego, como Ismael, con una extraña tensión y en silencio, con la burlona respuesta del desierto que habla claramente de su silencio y anula toda convención del hogar familiar.

Su presencia era casi una angustia para Winifred. Por ello rezaba. Aquella pequeña grieta entre sus cejas, aquella vacilante sonrisilla perversa que parecía embujar su rostro y, por encima de todo, la triunfante soledad, la cualidad de Ismael. Y después, la erectud de su cuerpo flexible, como un símbolo. La misma manera de estar de pie, tan tranquilo, tan solapado, como un erecto y sutil símbolo de vida, el cuerpo viviente, enfrentado a su abatido espíritu era un tormento para ella. El era como un sutil ídolo viviente que se movía ante sus ojos y ella sentía que si lo miraba estaba condenada.

Y él vino y se instaló como en su casa. Cuando estaba allí, moviéndose silenciosamente, ella sentía que toda la gran ley del sacrificio, por la cual había elegido vivir, desaparecía. El, con su misma presencia, anulaba las leyes de la vida. ¿Y qué daba a cambio? ¡Ah!, ante esa pregunta cerraba sus ojos.

Para ella resultaba espantoso tener que admitirlo a su alrededor, dando vueltas a su alrededor en mangas de camisa, hablando a las niñas con su voz de tenor y gutural. Annabel lo adoraba y él le tomaba el pelo. La pequeña Bárbara no le tenía mucha confianza. Nació extraña ante él. Pero incluso la niñera cuando veía uno de sus blancos hombros sobresalir entre los rotos de su camisa sentía vergüenza.

Winifred creía que se trataba tan sólo de otro de sus ardides contra ella.

—Tienes otras camisas, ¿por qué has de ponerte esa camisa vieja que está completamente rasgada, Egbert? —dijo ella.

—También podría gastarse —dijo sutilmente.

Sabía que ella no se ofrecería para coserla. No sabía. Y no quería. ¿No tenía sus propios dioses para adorar? ¿Y podría traicionarlos sometiéndose a su Baal y Ashtaroth? Era espantoso para ella, su presencia desnuda, que parecía anularlas a ella y a su fe, como otra revelación. Como un ídolo brillante evocado contra ella, un ídolo viviente de la vida que podía triunfar.

Iba y venía y ella perseveraba. Y luego estalló la gran guerra. Era un hombre que no podía echarse a perder. No podía disiparse. Era inglés de pura cepa y aun queriendo haber sido vicioso no hubiera podido.

Así que, cuando la guerra estalló, todo su instinto era adverso a ella, contrario a la guerra. No tenía el más mínimo deseo de derrotar extranjeros o de participar en su muerte. No albergaba ninguna concepción de la Inglaterra Imperial y el Imperio Británico no era más que un chiste para él. Era inglés de pura sangre perfecto en su raza y cuando era sincero consigo mismo no podía ser más agresivo a causa de su inglesismo de lo que una rosa lo pueda ser por su rosismo.

No, no tenía ningún deseo de derrotar a Alemania y exaltar a Inglaterra. La distinción entre alemán e inglés no era para él distinción entre lo bueno y lo malo. Era la distinción entre flores acuáticas azules y flores rojas o blancas de arbustos: simples controversias.

La diferencia entre javalí salvaje y oso salvaje. Y los hombres son buenos o malos según su naturaleza, no según su nacionalidad.

Egbert estaba bien educado, y esto formaba parte de su comprensión natural. Era del todo antinatural odiar a una nación *en bloc*. Le desagradaban ciertos individuos y otros le gustaban, y de la masa no sabía nada. Le disgustaban ciertas acciones, ciertas acciones le parecían naturales y sobre la mayor parte de las acciones no tenía ninguna sensación especial.

Tenía, sin embargo, el más puro de los instintos innatos. Inevitablemente rehusaba tener sus sentimientos a merced de los de la masa. Sus sentimientos eran suyos propios, su comprensión suya propia y nunca se desdeciría de ellos de buena gana. ¿Tiene un hombre que hacerse inferior a su conocimiento propio y yo, sólo por que la muchedumbre lo espera de él?

Lo que Egbert sentía sutilmente y sin dudas también su suegro lo sentía más combativa y toscamente. Diferentemente como los dos hombres eran diferentes, eran dos auténticos ingleses y sus instintos eran casi los mismos.

Y Godfrey Marshall tenía el mundo para considerar. Estaba la agresión militar alemana y la idea inglesa no militar de la libertad y la «conquista de la plaza», que quiere decir industrialismo. Incluso si la elección entre militarismo e industrialismo era una elección entre males, el anciano hombre se afirmaba en la elección de la última, forzosamente. El cuyo espíritu se agilizaba en el instinto del poder.

Egbert tan sólo rehusaba considerar el mundo. Simplemente que rehusaba incluso a decidirse entre el militarismo alemán y el industrialismo británico. No tomaba partido por ninguno de los dos. En cuanto a las atrocidades despreciaba a la gente que las cometía como tipos inferiores de criminales. No había nada de nacional en el crimen.

Y sin embargo, ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Sólo guerra! Ni bien ni mal, sino simplemente la guerra en sí. ¿Debería alistarse? ¿Debería darse a la guerra? La pregunta estuvo en su mente por algunas semanas. No porque pensase que Inglaterra tuviese la razón y que Alemania estuviese equivocada. Probablemente Alemania estaba equivocada, pero rehusaba elegir. No porque se sintiese genial. No. Pero sólo guerra.

El freno era entregarse al poder de otros hombres y al poder del alma de la muchedumbre de un ejército democrático.

¿Debería entregarse? ¿Debería entregar su propia vida y cuerpo al control de algo que él *sabía* que era inferior, en espíritu, a su propio yo? ¿Debería encomendarse al poder de un control inferior? ¿Debería? ¿Debería traicionarse?

Iba a ponerse bajo el poder de sus inferiores y lo sabía. Iba a subyugarse. Iba a ser mandado por la pequeña *canaille* de suboficiales, e incluso de los oficiales. El que había nacido y crecido libre. ¿Debería hacerlo?

Fue a su esposa para hablar con ella.

—¿Me alisto Winifred?

Ella guardó silencio. Su instinto también ante esto estaba muerto. Y sin embargo, un cierto resentimiento profundo le hizo responder:

—Tienes tres hijas que dependen de ti. No sé si lo has pensado.

Era tan solo el tercer mes de guerra y las viejas ideas precursoras de la misma aún estaban vivas.

—Desde luego. Pero no lo notarán mucho. Ganaré un chelín al día, por lo menos.

—Será mejor que hables con padre, creo —respondió con pesadez.

Egbert fue a ver a su suegro. El corazón del anciano estaba lleno de resentimiento.

—Diría —dijo con bastante amargura—, que es lo mejor que podrías hacer.

Egbert fue y se alistó inmediatamente, como soldado raso. Se le destacó en la artillería ligera.

Winifred tenía ahora un nuevo deber hacia él: el deber de una esposa hacia un marido que está representando su deber ante el mundo. Todavía lo amaba. Siempre lo amaría, hasta que el amor terrenal persistiera. Era el deber por el que vivía. Pero cuando regresó a ella de kaki, un soldado, se rindió ante él como esposa. Era su deber. Pero a su pasión nunca pudo someterse de nuevo. Algo se lo impidió, para siempre, incluso su más profundo deseo.

El regreso al campamento. No le iba bien ser un soldado moderno. Con el grueso, arenoso, odioso kaki, su sutil físico se extinguía como si lo hubiesen matado.

En la fea intimidad del campamento sus sensibilidades perfectamente desarrolladas se veían degradads, sencillamente. Pero dado que había escogido, aceptaba. Apareció en su rostro una pequeña expresión de fealdad, la de un hombre que ha aceptado su propia degradación.

Al principio de la primavera Winifred bajó a Crockham para hallarse allí cuando las flores primaverales salieran y las borlas colgasen de los avellanos. Sentía una especie de reconciliación por Egbert, ahora prisionero en el campamento la mayor parte de los días. Joyce estaba loca de alegría al volver a ver el jardín y el campo tras ocho o nueve meses de Londres y tristeza. Todavía estaba coja. Todavía llevaba los hierros en la pierna. Sin embargo daba bandazos con agilidad salvaje, tullida.

Por fin Egbert vino un fin de semana, con su arenoso, kaki de liga y polaina y la odiosa gorra. Mejor dicho, tenía un terrible aspecto. Y en su rostro había una mirada ligeramente impura, una llaguita en los labios como si hubiese comido o bebido demasiado o permitido que su sangre se impurificara un poco. Estaba casi feamente saludable, de la vida del campamento. No le iba bien.

Winifred le esperó un poco con la pasión del deber y del sacrificio, deseando servir al soldado, si no al hombre. Esto sólo sirvió para que él se sintiese peor por dentro. El fin de semana fue un tormento para él: el recuerdo del campamento, el saber de la vida que le condujo allí, incluso la visión de sus piernas dentro de aquel aborrecible kaki. Sintió como si el odioso tejido se incrustara en su sangre y la ensuciara e hiciese arenosa. Después Winifred, tan dispuesta a servir al *soldado* cuando repudiaba al hombre. Y esto hacía rechinar sus dientes. Y los niños corriendo a su alrededor jugando y llamando de la forma melindrosa que tienen los niños que gozan de niñeras y ayas y de literatura en familia. ¡Y Joyce tan coja! Todo se había convertido en irreal para él tras el campamento. Hundía su alma. Se fue al amanecer en la mañana del lunes, contento de regresar a la realidad y vulgaridad del campamento.

Winifred no lo volvería a ver en la casita, sólo en Londres, donde el mundo estaba con ellos. Pero algunas veces él iba solo a Grockham cuando los amigos se quedaban allí. Y luego trabajaba algún rato en su jardín. Este verano aún brillaba con las azules viboreas y las grandes amapolas rojas, los gordolobos mecían sus suaves yemas vellosas al aire, y la madreselva fluía su perfume como recuerdo cuando el buho ulula. Después se sentaba junto al fuego con los amigos y las hermanas de Winifred y cantaban canciones del folklore. Se ponía sus ligeras ropas de civil y su encanto y su belleza y el flexible dominio de su cuerpo volvían a brillar. Pero Winifred no estaba allí.

Al final del verano fue a la batalla de Flandes, entró en combate. Parecía haber abandonado la vida, más allá de la palidez de la vida. Apenas recordaba ya su vida, era como hombre que va a saltar desde lo alto de una cima y sólo piensa donde debe aterrizar.

Por dos veces fue herido levemente en dos meses. Sin embargo no lo suficiente para ser apartado del servicio durante más de uno o dos días. Volvían a retirarse del enemigo. Estaba en la retaguardia, tres ametralladoras. El campo era todo tranquilidad, la guerra no lo había hollado aún. Unicamente el aire parecía destrozado y la tierra estar aguardando la muerte. Era una pequeña batalla sin importancia en la que se había metido.

Las armas se instalaron sobre un pequeño montecillo espeso de arbustos, justo en las afueras de un pueblo. Pero, a veces, era díficil decir en qué dirección venía el agudo crujido de la fusilería y, más allá, el lejano fragor del cañón. El atardecer era invernal y frío.

Un teniente se situó sobre una pequeña plataforma de hierro, en lo alto de la escala, observando y dando la mira, gritando con voz aguda, tensa, mecánica. Salía del cielo el penetrante grito de las instrucciones, luego los números de aviso, luego el «¡Fuego!». El disparo salió, la vaina del cañón saltó hacia atrás, hubo una terrible explosión y un ligerísimo velo de humo en el aire. Luego las otras dos ametralladoras dispararon y hubo una pequeña pausa. El oficial estaba inseguro de la posición del enemigo. El espeso racimo de castaños de Indias que había dejado seguía igual. Unicamente en la lejana distancia el sonido del fuego pesado continuaba, tan lejano como para proporcionar una sensación de paz.

Las aulagas a ambos lados eran obscuras pero unos ramilletes de flores se mostraban amarillas. Casi inconscientemente se dio cuenta de

ellas mientras esperaba en el intervalo. Estaba en mangas de camisa y el aire helaba los brazos. Nuevamente su camisa estaba rajada en los hombros y se veían sus hombros.

Estaba sucio y desaliñado. Su rostro tranquilo. Cuantas cosas salen de la consciencia antes de que lleguemos al final de la consciencia.

Ante él, debajo, se hallaba la carretera, deslizándose entre altos bancos de hierba y aulaga. Vio las blanquecinas huellas fangosas y profundas marcas en el camino, adonde parte del regimiento se había retirado. Ahora todo estaba en tensión. Los sonidos que llegaban, procedían de fuera. El lugar donde se encontraba aún estaba silencioso, frío, sereno. La iglesia blanca entre los árboles más allá parecía sólo un pensamiento.

Reaccionó como un relámpago al estruendoso grito del oficial que tenía arriba. El mecanismo, la pura acción mecánica de la obediencia a las armas. Pura acción mecánica en las armas. Ello dejó el alma aliviada, ensimismándose en oscura desnudez. Al final el alma está sola, ensimismándose con el rostro del flujo no creado, como un pájaro en un mar oscuro.

Nada podía verse salvo la carretera y un crucifijo doblado de algún golpe y los oscuros campos y bosques otoñales. Aparecieron tres jinetes sobre una pequeña prominencia, muy pequeña, sobre la cresta de un campo arado. Eran nuestros hombres. Del enemigo, nada.

La pausa continuó. Después, de pronto, llegaron las tajantes órdenes y una nueva dirección de las ametralladoras y una intensa, emocionante actividad. Sin embargo, en el fondo el alma permanecía oscura y esquiva, solitaria.

Pero aún así fue el alma la que oyó el nuevo sonido, el nuevo «papp» profundo de una ametralladora que parecía tocar justo en el alma. El sostuvo la rápida actividad de la ametralladora, sudoroso. Pero en su alma estaba el eco del nuevo sonido profundo, más profundo que la vida.

Y como ratificación llegó el horrible silbido apagado de una granada avanzando casi bruscamente con un grito agudo y rasgante que partía la membrana de la vida. La oyó en sus oídos pero también lo oyó en su alma, en tensión. Hubo un descanso cuando aquello osciló y chocó más allá. Oyó la ronquera de su explosión y la voz del soldado que daba voces a los caballos. Pero no se volvió a mirar. Tan sólo se dio cuenta de una ramita de acebo con rojas bayas como un regalo sobre la carretera de abajo.

Esta vez no, esta vez no. Adonde tú vayas iré yo. ¿Se lo dijo a la granada o a quién? Adonde tú vayas iré yo. Luego el ligero silbido de otra granada rompió y su sangre se empequeñeció e hizo reacia a recibirla. Se acercó más, como una horrible ráfaga de viento; su sangre perdió la consciencia. Pero en el segundo de incertidumbre vio la pesada granada precipitarse en la tierra, en los rocosos arbustos de la derecha y la tierra y las piedras saltaron al cielo. Fue como si no hubiese oído ningún sonido. La tierra y las piedras y los fragmentos del arbusto cayeron de nuevo al suelo y hubo la misma paz inalterable. Los alemanes habían hecho blanco.

¿Se moverían ahora? ¿Se retirarían¿ Sí. El oficial estaba dando las últimas órdenes rápidas como el relámpago para abrir fuego antes de retirarse. Una granada pasó desapercibida con la velocidad del combate. Y luego, en el silencio, en el suspense con que el alma se ensimisma, estalló finalmente una explosión y una oscuridad y una agonía y un horror ardiente de un instante. ¡Ah!, había visto el oscuro pájaro volar hacia él, volar hacia casa esta vez. En un instante vida y eternidad sufrieron en una conflagración de agonía, luego se produjo una carga de oscuridad.

Cuando débilmente algo comenzó a luchar en la oscuridad, una consciencia de sí mismo, se dio cuenta de una gran pesadez y de un sonido rechinante. ¡Haber conocido el momento de la muerte! Y ser forzado, antes de morir, a revisarlo. Así, el destino, incluso en la muerte.

Hubo un retumbar de pena. Parecía sonar del exterior de su consciencia: como una estridente campana que rechinara muy cerca. Sin embargo sabía que era él mismo. Debía asociarse a ello. Tras un lapso y un nuevo esfuerzo, percibió un dolor en la cabeza, un gran dolor que rechinaba y retumbaba. Hasta entonces pudo reconocerse a sí mismo. Después hubo una pausa.

Tras un instante pareció volver a despertar, y despertándose, sabía que estaba en el frente y muerto. No abrió los ojos. La luz ya no era suya. Así se alejó de la consciencia, con un indecible abandono enfermo de la vida.

Poco a poco, como un sino llegó la necesidad de saber. Herido en la cabeza. Al principio fue solamente una vaga conjetura. Pero en el balanceo del péndulo del dolor, siempre balanceándose más y más, para alcanzarle una agonia de consciencia y una consciencia de la agonía, gradualmente emergió el conocimiento, debía estar herido en la cabeza, herido en la ceja izquierda. Si era así, habría sangre, ¿habría sangre? ¿Podría sentir la sangre en su ojo izquierdo? Después del estruendo pareció estallar la membrana de su cerebro, como locura de muerte.

¿Había sangre en su rostro? ¿Manaba la sangre caliente? ¿O la sangre seca se coagulaba bajo la mejilla? Le llevó horas incluso formular la regunta, el tiempo no era más que una agonía en la oscuridad, sin medida.

Largo tiempo después de que hubiese abierto los ojos se dio cuenta de que estaba viendo, algo, algo, algo, pero el esfuerzo por evocar aque-

llo fue demasiado grande. ¡No, no! ¡Ninguna evocación!

¿Era aquello las estrellas en el cielo oscuro? ¿Era posible que hubiese estrellas en el cielo oscuro? ¿Estrellas? ¿El mundo? ¡Ah, no, no pudo saberlo! Estrellas y mundo se habían ido para él, cerró los ojos. Ni estrellas, ni cielo, ni mundo. ¡Nada, nada! Sólo la espesa oscuridad de la sangre. Sería un gran lapso en la espesa oscuridad de la sangre en agonía.

¡La muerte, eh, la muerte! El mundo todo sangre y la sangre toda retorciéndose en la muerte. El alma como la más pequeñísima de las luces en un mar oscuro, el mar de la sangre. Y la luz, goteando, golpeando, pulsando en una tormenta sin viento, deseando poder salir, aunque incapaz.

Había habido vida. Había habido Winifred y los niños. Pero el esfuerzo frágil y agónico de muerte por asirse a las briznas de la memoria, briznas de vida del pasado, trajeron una náusea excesiva. ¡No, no! Ni Winifred ni niños. Ni mundo ni gente. Mejor la agonía de la disolución futura que la náusea del esfuerzo del pasado. Mejor que el terrible trabajo siguiese adelante, la disolución en el negro mar de la muerte, en el rigor de la disolución, que cualquier retroceso en la vida. ¡Olvidar! ¡Olvidar! Totalmente, a olvidar totalmente, en el gran olvido de la muerte. Romper el corazón y la unidad de la vida, pasar a la gran oscuridad. Solamente eso. Romper la clave y unirse y reunirse con la única oscuridad, sin después ni más allá. Que el negro mar de la muerte misma resuelva el problema del devenir. Que la voluntad del hombre se disperse y cese.

¿Qué era aquello? ¡Una luz! ¡Una terrible luz! ¿Eran figuras? ¿Eran patas de un colosal caballo, colosal sobre él, enorme, enorme?

Los alemanes oyeron un ligero ruido y se sobresaltaron. Después, al resplandor de una bomba, junto al montón de tierra lanzada por la granada, vieron el rostro sin vida.

SANSON Y DALILA

Por D.H. LAWRENCE

Traducción de: ADRIAN CANDELA MERI
J. MATEO MARTINEZ
P. RIGUAL BONASTRE

Un hombre se bajó del autobús que va de Penzance a San Just-in-Penwith, y se dirigió hacia el norte, colina arriba en dirección a la estrella polar. Eran sólo las seis y media, pero ya las estrellas habían salido, un vientecillo frío soplaba del mar, y el triple destello cristalino del faro de bajo del acantilado latía rítmicamente en la primera oscuridad.

El hombre estaba solo. Siguió su camino sin dudar, pero miraba de un lado a otro con prudente curiosidad. Altas casetas ruinosas de los transformadores de las minas de estaño se erigían de tanto en tanto en la oscuridad, como vestigios de una civilización extinta. Las luces de las muchas casas de mineros esparcidas por la accidentada oscuridad parpadeaban desoladas en su desorden, aunque parpadeaban con la solitaria familiaridad de la noche celta.

Siguió andando con pesadez y firmeza, siempre observando con curiosidad. Era un hombre alto y bien formado, aparentemente en lo mejor de la vida. Sus espaldas eran anchas y erguidas, se inclinaba un poco hacia adelante al caminar, por las caderas, como un hombre que tiene que agacharse para reducir su estatura. Pero no encorvaba las espaldas: inclinaba sus rectas espaldas por las caderas.

De vez en cuando las figuras pequeñas, achaparradas, de gruesas piernas de los mineros de Cornualles pasaban, y él invariablemente les daba las buenas noches, como insistiendo en que estaba en su propia tierra. Hablaba con la entonación del oeste de Cornualles. Mientras proseguía por la monótona carretera, mirando ya las luces de las viviendas en el campo, ya las lejanas luces en el mar, buques virando a la vista del faro de Longships, la inmensidad del Océano Atlántico en oscuridad y espacio entre América y él, parecía un tanto excitado y complacido consigo mismo, observador, emocionado, agitándose entre una sensación de dominio y poder en conflicto.

Las casas empezaban a cerrarse sobre la carretera, estaba entrando en la desordenada, informe, desolada villa minera que conocía de antiguo. A la izquiera había un pequeño espacio retirado de la carretera, y las acogedoras luces de una posada. Allí era. Miró atentamente al letrero: «El descanso del estañero». Pero no pudo descifrar el nombre del propietario. Escuchó. Había charlas y risas acaloradas, una voz de mujer que reía escandalosamente entre las de los hombres.

Agachándose un poco, entró en el bar cálidamente iluminado. La lámpara estaba ardiendo, una mujerona se levantó de una mesa de juego, descolorida de tanto haber sido fregada, en la que las cartas blancas, negras y rojas estaban esparcidas, y varios hombres, mineros, alzaron la vista del juego.

El extraño fue al mostrador, ocultando el rostro. La gorra bien calada hasta las cejas.

—¡Buenas noches! —dijo la posadera, con voz zalamera.

—¡Buenas noches! Un vaso de cerveza.

—Un vaso de cerveza —repitió la posadera afablemente—. Fría noche pero clara.

—Sí —asintió el hombre lacónicamente—.

Luego añadió, cuando nadie esperaba que dijera nada más: —Propio de la estación.

—Bastante propio, bastante —dijo la posadera—. Gracias.

El hombre se llevó el vaso directamente a los labios, y lo vació. Lo volvió a poner sobre el mostrador de zinc con un golpecito.

—¡Qué sea otro! —dijo.

La mujer sirvió la cerveza, y el hombre se alejó con el vaso hacia la segunda mesa, cerca del fuego. La mujer, tras dudar un momento, se sentó de nuevo a la mesa con los jugadores de cartas. Se había fijado en el hombre: un tipo grande, atractivo, bien vestido, un extraño.

Pero hablaba con ese acento yanqui-córnico que ella aceptaba como el timbre natural entre los mineros.

El extraño puso el pie sobre el guardafuego y miró a la lumbre. Era guapo, de buen color, de cejas córnicas bien perfiladas y los típicos ojos cónicos oscuros, brillantes y ausentes. Parecía abstraído. Luego observó la partida de cartas.

Ella era una mujerona saludable, con el pelo oscuro y pequeños ojos castaños y vivaces. Rebosaba vida y vigor, la energía con que se sumergía en el fuego contagiaba a todos los hombres, gritaban y se reían, y la mujer se aguantaba el pecho riéndose a carcajadas.

—Oh, Dios, esto me costará la vida —jadeaba—. Venga, vamos Sr. Trevorrow, juegue limpio. Juegue limpio, digo, o dejo las cartas.

—¡Que juegue limpio! ¿Pero quién juega sucio? —exclamó el Sr. Trevorrow—. ¿Pretende acusarme de no haber jugado limpio, Sra. Nankervis?

—Sí. Lo digo y lo afirmó. ¿No tiene usted la reina de espadas? Venga vamos no cambie el tema. Sé que tiene la reina tanto como que me llamo Alicia.

—Bien, si se llama Alicia peor para usted.

—Mirad ahora, ¿qué decía? ¿Han visto alguna vez un hombre igual? Palabra, a su mujer se le debe engañar fácilmente, por lo que se ve.

Y estalló en carcajadas. Se vio interrumpida por la entrada de cuatro hombres de kaki, un sargento achaparrado de mediana edad, un joven cabo y dos soldados jóvenes. La mujer se reclinó en la silla.

—¡Oh Dios! —gritó—. Si han regresado los chicos: parecen helados, ¿verdad?

—¿Helados, «Ma»? —exclamó el sargento—. Aún no.

—Pero casi —dijo un joven soldado con grosería.

La mujer se levantó.

—Segura estoy de que lo estáis, queridos. Estaréis deseando la cena, con certeza.

—Nos vendría bien.

—Echemos un trago primero —dijo el sargento.

—La mujer se apresuró a servir las bebidas. Los soldados se acercaron al fuego, extendiendo las manos.

—¿Querréis la cena aquí, verdad? —dijo ella—. ¿O en la cocina?

—¡Qué sea aquí? —dijo el sargento—. Es más acogedor; si no le importa.

—La tendréis donde queráis, chicos, donde queráis.

Salió. Al minuto una chica de unos dieciséis años entró. Era alta y saludable de ojos oscuros jóvenes e inexpresivos, y cejas bien perfiladas, y la juvenil suavidad y tontería de la sensual raza celta.

—¡Eh, Maryann!, ¡Buenas noches Maryann! ¿Cómo está hoy Maryann? —fue la bienvenida general.

Ella respondió a todos con voz suave, con un *aplomb* suave, extraño que resultaba muy atractivo. E iba y venía con movimientos atractivos, bastante mecánicos, como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar. Pero siempre mantenía esa indiferente lejanía en su actitud: una especie de modestia. El extraño junto al fuego la observaba con curiosidad. Había en su rostro saludable una curiosidad boba, inquisitiva y despierta.

—Tomaré algo de vuestra cena, si es posible —dijo él.

Ella lo miró, con sus ojos claros, irracionales, idénticos a los de una criatura no humana.

—Se lo preguntaré a madre —dijo—. El tono de su voz era suave y ligeramente cantarino.

Cuando volvió a entrar:

—Sí —dijo, casi susurrando—. ¿Qué quiere tomar?

—¿Qué tenéis? —dijo, mirándole a la cara.

—Hay carne fría.

—Pues eso.

El extraño se sentó al final de la mesa y comió con los silenciosos y cansados soldados. La posadera se interesaba ahora por él. Tenía el ceño bastante fruncido, había una expresión de temor en su saludable y ancho rostro, pero sus pequeños ojos castaños estaban fijos con la mayor agresividad. Era una mujer grande, pero sus ojos eran pequeños y tensos. Se acercó al extraño.

Llevaba una atrevida blusa de franela, y una falda oscura.

—¿Qué beberá con la cena? —preguntó, y su voz tomó un tono agresivo diferente.

El se movió incómodo.

—Ah, seguiré con cerveza.

Le trajo otro vaso. Luego se sentó en el banco de la mesa con él y los soldados, y fijó en él su atención.

—Viene de San Just, ¿verdad? —dijo ella.

El la miró con esos ojos córnicos, inescrutables, oscuros, limpios y respondió al fin:

—No, de Penzance.

—¡Penzance!— pero ¿no pensaréis volver allí esta noche?

—no, no.

Aún la miraba con aquellos ojos grandes, limpios que parecían de ágata muy brillante. Ella comenzó a enfurecerse, se veía en su ceño. Aunque su voz era todavía afable y desaprobadora.

—*Sabía* que no, pero no vive por estos lugares, ¿verdad?

—No, no, yo no vivo aquí. —Era siempre lento al contestar, como si algo se interpusiera entre él y cualquier pregunta ajena—.

—Ah, ya entiendo —dijo ella—. Tiene parientes por aquí.

Volvió a mirarla directamente a los ojos, como si con la mirada quisiera hacerla callar.

—Sí —dijo él.

No dijo nada más. Ella se levantó de golpe. La rabia le oprimía el ceño. No hubo más risas ni juego de cartas aquella noche, aunque ella mantuvo sus maneras maternales, afables, con buen humor hacia los hombres. Pero ellos la conocían, le tenían miedo.

La cena se acabó, se quitó la mesa, el extraño no se fue. Dos de los jóvenes soldados se fueron a la cama, con su alegre:

—¡Buenas noches, Ma! ¡Buenas noches, Maryann!

El extraño habló un rato con el sargento sobre la guerra, que estaba en su primer año, sobre el nuevo ejército, una parte del cual estaba acuartelado en este distrito, sobre América.

La posadera le echaba miradas con sus pequeños ojos, minuto a minuto la tormenta eléctrica se desencadenaba en su pecho, y él aún no se iba. Ella temblaba de pasión violenta, retenida, algo terrible y anormal. No podía sentarse tranquila un instante. Su figura corpulenta parecía encenderse con movimientos repentinos, involuntarios mientras los minutos pasaban, y él seguía sentado allí, y la presión de su corazón se hizo insoportable. Miró las manecillas del reloj moverse. Tres de los soldados se habían ido a la cama, tan sólo el viejo sargento con aspecto de terrier y pelo al cepillo se había quedado.

La posadera se sentó detrás de la barra jugando nerviosamente con el periódico. Volvió a mirar al reloj. Por fin eran las diez menos cinco.

—Señores, el enemigo —dijo, con su furiosa voz aplacada— La hora, por favor. La hora, queridos. Y ¡buenas noches a todos!

Los hombres comenzaron a retirarse con un breve buenas noches. Faltaba un minuto para las diez. La posadera se levantó.

—Venga —dijo—. Voy a cerrar la puerta.

El último de los mineros se marchó. Ella permanecía de pie, resuelta y amenazadora, sujetando la puerta. El extraño aún permanecía sentado junto al fuego, su negro abrigo abierto, fumando.

—Hemos cerrado ya, señor —sonó la temible voz ahogada de la posadera.

El pequeño, perruno y práctico sargento tocó el brazo del extraño.

—Horar de cerrar —dijo.

El extraño se revolvió en su asiento, y sus ojos vivaces y hermosos fueron del sargento a la posadera.

—Esta noche me quedo aquí —dijo con su lacónico acento córnico-yanqui.

La posadera pareció crecerse. Sus ojos se levantaron extraños, temibles.

—¡Ah, por supuesto! —gritó—. ¡Ah, por supuesto!, y ¿de quién son esas órdenes, si se me permite preguntar?

El la volvió a mirar.

—Mías —dijo.

Involuntariamente ella cerró la puerta y avanzó como una gran ave peligrosa. Su voz se alzó con una cierta ronquera.

—Y ¿cuáles son *vuestras* órdenes, si hacéis el favor? —gritó—. Quién puede ser *usted* para dar órdenes en la casa?

El se sentó inmóvil, observándola.

—Sabes quién soy —dijo—. Por lo menos, yo sé quién eres tú.

—¡Ah!, ¿lo sabe, lo sabe? ¿Y quién soy yo pues, si es usted tan amable como para decírmelo? —la miró fijamente con sus brillantes ojos oscuros.

—Eres mi mujer, tú —dijo—. Y lo sabes tan bien como yo.

Se sobresaltó como si algo hubiese estallado dentro de ella.

Sus ojos se levantaron y destellearon furiosos.

—*Claro* que lo sé, por supuesto —gritó—. ¡No sé nada de eso! ¡No sé nada de eso! ¿Cree que un hombre va a entrar en este bar... y decirme de sopetón que soy su mujer, y que yo voy a creerle? Le digo quienquiera que sea, que está equivocado. Sé que no soy su mujer y le agradeceré que salga de esta casa, en este instante antes de que traiga a los que le echarán fuera.

El hombre se puso de pie, acercándole la cara. Era un hombre córnico bien formado en los mejores años de su vida.

—¿Qué dices, eh?, ¿No me conoces? —dijo con su voz cantarina, fría, pero bastante apagada y acuciante, que recordaba a la de una de las chicas.

—Yo te reconocería en cualquier sitio, ves. ¡Yo sí! Yo no tendría que mirar dos veces para reconocerte, ves. Comprendes ya, ¿no?

La mujer estaba desconcertada.

—Diga lo que quiera —replicó vocalizando— Diga lo que quiera. Es muy fácil. Mi nombre es conocido, y respetado, por la mayor parte de la gente en diez millas a la redonda. Pero yo no *le* conozco.

Su voz se tornó sarcástica. —No puedo decir que *le* conozco. Usted es un *perfecto* extraño para mí, y no creo haber puesto jamás mis ojos en usted antes de esta noche.

Su voz era muy modulada y sarcástica.

—Sí que lo has hecho —replicó el hombre, de manera convincente—. Sí que lo has hecho. Tu nombre es mi nombre, y esa chica Maryann es mi niña; es mi hija. Tú eres mi mujer y basta. Tan cierto como que yo soy Willie Nankervis.

Habló como si fuera un hecho aceptado. Su rostro era hermoso con una expresión de alerta vigilante, extraño y una fijeza de propósitos que la enloquecían.

—¡Ladrón! —gritó— ¡Ladrón!, venir a esta casa y atreverse a hablar conmigo. ¡Ladrón, eres un perfecto canalla!

La miró.

—¡Sí! —dijo, impasible—. De acuerdo. Estaba incómodo ante ella. Sin embargo no le tenía miedo. Había algo impenetrable en él, como sus ojos, que eran tan brillantes como el ágata.

Ella se creció, y se aproximó a él amenazadoramente.

—Vas a marcharte de esta casa, ¿verdad? Ella dio una patada subitamente encolerizada. —Ahora mismo.

La observó. Sabía que quería golpearle.

—No —dijo, con un énfasis contenido—. Te he dicho que me quedo aquí. El temía su personalidad, pero no se alteraba. Ella gesticulaba. Sus pequeños ojos castaño-leoninos se aguzaron con una rabia vívida, ciega como de tigre. El hombre estaba asustado, pero se mantuvo en su sitio. Entonces ella recordó. Reuniría todas sus fuerzas.

—Veremos si se queda —dijo—. Y se dio la vuelta, levantando la vista de una forma rara y terrible, y salió precipitadamente de la habitación. El hombre, escuchando, la oyó subir las escaleras, la oyó dar golpes a la puerta de un dormitorio, la oyó decir: —¿Os importa bajar un momento, muchachos? Os necesito. Estoy en apuros.

El hombre en el bar se quitó la gorra y el abrigo negro, y los echó sobre el asiento que había tras él. Su pelo negro era corto y con una pincelada de canas en las sienes. Vestía un traje gris oscuro, bien cortado y que le sentaba bien, de estilo americano, y de solapas vueltas. Tenía aspecto acomodado, una figura de hombre agradable y fuerte. El aspecto bastante rígido de sus hombros era resultado de haberse roto dos veces los huesos del cuello en las minas.

El pequeño terrier del sargento, en sucio kaki, lo miró de reojo.

—¿Es su mujer? —preguntó, girando bruscamente la cabeza por donde se había ido la mujer.

—Sí, es ella —gruñó el hombre—. Que lo es, es bastante cierto.

—No la ve desde hace mucho tiempo, ¿no?

—Dieciséis años hará en Marzo.

—¡Humm!

Y el sargento siguió fumando lacónicamente.

La posadera regresaba, seguida de tres jóvenes soldados, que entraron con bastante timidez, en pantalones, camisa y calcetines. La mujer se quedó histriónicamente en el extremo de la barra, y exclamó:

—Este hombre se niega a abandonar la casa, pretende pasar la noche aquí. Vosotros sabéis muy bien que no tengo cama, ¿no? Y esta casa no aloja viajeros. Sin embargo va a quedarse a pesar de todo. ¡Pero no mientras haya un gota de sangre en mis venas, y eso lo diré mientras me quede aliento! Y no lo hará si vosotros hombres, sois merecedores de tal nombre, y ayudáis a una mujer que no tiene a nadie que la ayude.

Sus ojos echaban chispas, su rostro enrojeció. Se alzó como una amazona.

Los jóvenes soldados no sabían muy bien que hacer. Miraron al hombre, miraron al sargen-

Dibujo original de MABEL

to, uno de ellos bajó la vista y se ajustó los tirantes en el segundo botón.

—¿Qué dice sargento? —preguntó uno de ellos cuyo rostro mostraba el deseo de un poco de diversión.

—El hombre dice que es el marido de la Sra. Nankervis —dijo el sargento.

—El no es mi marido. Afirmo que nunca he puesto mis ojos en él antes de esta noche. Es una sucia jugarreta, nada más, una sucia jugarreta.

—¡Cómo!, eres una embustera, decir que nunca me has visto antes —gruñó el hombre cerca de la chimenea—. Estás casada conmigo, y a esa chica Maryann, te la hice yo, bastante bien lo sabes.

Los jóvenes soldados observaban encantados, el sargento fumaba imperturbable.

—Sí —cantó la posadera, moviendo lentamente la cabeza con sarcasmo sumo—, suena muy bonito, ¿no? Pero mira por donde no creemos una sola palabra de eso, y *¿cómo* vas a probarlo?

Sonrió malévola.

El hombre observó en silencio por un momento y después dijo:

—No necesito ninguna prueba.

—¡Ah sí, claro que sí! ¡Ah sí, claro que sí! señor, ¡se necesitan muchas pruebas! —cantaba el sarcasmo de la mujer—. No somos tan pavos como eso, para tragar todas sus palabras.

Pero él permaneció impasible cerca del fuego. Ella permanecía con una mano descansando sobre la barra recubierta de zinc, el sargento sentado con las piernas cruzadas, fumando, en el asiendo entremedio de ellos, los tres jóvenes soldados en camisa y tirantes permanecían moviéndose en la oscuridad detrás de la barra. Se hizo un silencio.

—¿Sabe algo sobre el paradero de su marido, Sra. Nankervis? ¿Vive aún? —preguntó el sargento, con su aspecto juicioso.

Súbitamente la posadera comenzó a llorar, grandes lágrimas cálidas que dejaron a los hombres anonadados.

—No sé nada de él —sollozaba, buscando el pañuelo en el bolsillo.

—Me dejó cuando Maryann era una niña, se fue de minero a América y tras unos seis meses nunca me escribió ni una línea ni me envió un simple penique. No sé si está vivo o muerto, el bribón. Cuanto he oído de él es malo, y no he oído nada de nada durante años —sollozaba intensamente.

El hombre guapo de piel dorada cercano al fuego la observaba llorar. Estaba asustado. Estaba afligido, estaba confundido, pero ninguna de sus emociones lo alteraban profundamente.

No se oía nada en la habitación excepto el intenso sollozo de la posadera. Los hombres, sin excepción, estaban vencidos.

—¿No cree que sería mejor que se marchara, por esta noche? —le dijo el sargento al hombre, con una sensatez amable—. Sería mejor que lo dejara un tiempo y llegaran a un acuerdo entre los dos. No se puede pedir tanto a una mujer, creo, si es como ella dice. Y usted ha regresado un tanto bruscamente.

La posadera sollozaba a lágrima viva. El hombre observaba cómo se agitaban sus enormes senos. Parecían hechizarle la mente.

—Como la he tratado, no es la cuestión —replicó—. He vuelto, y voy a quedarme en mi propia casa, por un tiempo, a pesar de todo. Es mi respuesta.

—Una sucia acción —dijo el sargento, oscureciéndosele el rostro—. Una sucia acción, volver, después de haber abandonado a una mujer durante tantos años, y quererla dominar. Una sucia acción que no permite la ley.

La mujer se secó las lágrimas.

—Ni ley ni nada —gritó el hombre, con una extraña y recia voz—. No me muevo de este lugar público esta noche.

La mujer se volvió a los soldados que estaban tras ella, y dijo con tono halagador y sarcástico:

—¿Vamos a aguantarlo, chicos? ¿Vamos a dejarnos dominar así, sargento Thomas, por un sinvergüenza y un bravucón que ha llevado una vida más allá de toda *mención* por esos campos mineros de América, y luego quiere volver y arruinar la vida y los ahorros de una pobre mujer, después de haberla abandonado con una criatura en los brazos para que luchara como pudiera? Es una insultante vergüenza si nadie me defiende ¡una insultante vergüenza! —a los soldados y al pequeño sargento se les puso la carne de gallina.

La mujer se agachó y trasteó un momento bajo el mostrador. Luego, sin que la viera el hombre alejado junto al fuego, sacó una cuerda de cáñamo trenzado, como la que se usa para atar fardos, y la dejó tirada a los pies de los jóvenes soldados, en la oscuridad del fondo del bar.

Después se levantó y se enfrentó a la situación.

—Venga ya —dijo al hombre, con tono razonable, fríamente amable—, ponte el abrigo y déjanos en paz. Sé un hombre y no seas peor que un salvaje alemán. Puedes encontrar cama con bas-

tante facilidad en San Just, y si no tienes para pagarla el sargento podrá dejarte un par de chelines, estoy segura que lo hará.

Todos los ojos estaban fijos en el hombre. Este miraba a la mujer como una criatura hechizada o poseída por los influjos de algún demonio.

—Tengo mi propio dinero —dijo—. No te preocupes por tu dinero, tengo bastante, por ahora.

—Bueno, pues —insistió mimosa, con una fría amabilidad, casi burlona—, ponte el abrigo y ve donde quieras, se un *hombre* y no un salvaje alemán.

Se había acercado bastante a él con intención amable y desafiante. El bajó los ojos ante ella hechizado.

—No —dijo—. No haré tal cosa. *Tú* me alojarás por esta noche.

—¿Yo? —gritó ella. Y de pronto le echó los brazos encima, colgándose de él con todo su poderoso peso, llamando a los soldados— Coged la cuerda, chicos, y atadlo. Alfred, John, rápido, ahora.

El hombre retrocedió, miró alrededor con ojos furiosos, y agitó su fuerte cuerpo. Pero la mujer también era fuerte, y muy pesada, y se había aferrado con el ímpetu de la muerte. Su rostro, de mirada exultante, y terriblemente vengativa, estaba vuelto hacia él desde su propio pecho; él echó hacia atrás la cabeza frenéticamente para evitarlo. Mientras tanto los jóvenes soldados, tras haber observado a este temible Laoconte tambalearse por un momento, se movieron y el malicioso se abalanzó velozmente con la cuerda. Estaba un poco liada.

—Dame la punta —gritó el sargento.

Entretanto el hombre grande se agitaba y luchaba, dio bruscamente la vuelta a la mujer contra la silla y la mesa, en su esfuerzo convulsivo por librarse. Pero ella sujetó sus brazos como un pulpo firmemente enroscado en él. Y él se agitó y se tambaleó, y fueron dando tumbos por la habitación, los soldados dando saltos y los muebles sacudiéndose.

El joven soldado había conseguido darle una vuelta con la cuerda, con la ayuda del rápido sargento. La mujer se dejó caer pesadamente, ellos lo liaron varias veces con la cuerda. En la lucha la víctima cayó contra la mesa. Las cuerdas se apretaron hasta hacerle cortes en los brazos. La mujer se apretó a sus rodillas. Otro soldado corrió en un alarde de imaginación, y ató los pies del extraño con un par de tirantes. Las sillas estaban patas arriba, la mesa lanzada contra la pared, pero el hombre estaba atado, los brazos amarrados a los costados, los pies atados. Yacía medio caído, hundido junto a la mesa, inmóvil por el momento.

La mujer se levantó, y se dejó caer desmayadamente en el asiento junto a la pared. Su pecho se agitaba, no podía hablar, pensaba que iba a morir. El hombre atado yacía junto a la mesa volcada, la chaqueta completamente retorcida y subida bajo las cuerdas, dejando los riñones al descubierto. Los soldados permanecían a su alrededor, un poco confundidos, pero excitados por la pelea.

El hombre comenzó a luchar de nuevo, revolviéndose instintivamente contra las cuerdas, tomando grandes y profundas bocanadas de aire. Su rostro, de piel dorada, se oscureció, se cargó, se revolvió otra vez. Las grandes venas de su cuello sobresalían. Pero no sirvió de nada, se relajó. Una vez más, bruscamente, sacudió los pies.

—Otro par de tirantes, William —gritó el excitado soldado. El mismo se tiró a las piernas del hombre atado, y consiguió atarle las rodillas. Una vez más hubo calma. Podía oírse el tic-tac del reloj.

La mujer miró a la figura postrada, los fuertes y rectos miembros, la fuerte espalda subyugada y atada, el rostro de grandes ojos que le recordaban los de una ternera atada con un costal en una carreta, sólo la cabeza estirada estúpidamente hacia atrás. Era su triunfo.

El cuerpo atado comenzó a luchar de nuevo. Ella fascinada, observaba trabajar los músculos, los hombros, las caderas, los largos y bien formados muslos. Incluso ahora podría él romper las cuerdas. Ella tenía miedo. Pero el activo joven soldado se sentó sobre los hombros del hombre atado, y tras unos momentos de peligro, se hizo de nuevo la calma.

—Bueno —dijo el juicioso sargento al hombre atado—. Si te desatamos, has de prometer que te irás y no causarás más problemas.

—No lo desataréis aquí dentro —gritó la mujer—. No confiaría en él teniéndolo al alcance de la mano.

Hubo silencio.

—Podríamos sacarle fuera, y desatarlo allí —dijo el soldado—. Luego podríamos llamar al policía, si creara dificultades.

—Sí —dijo el sargento—, podríamos hacer eso. Luego, de nuevo, con tono alterado, casi severo, dijo al prisionero: —Si te desatamos en la calle, ¿cogerás el abrigo y te marcharás sin crear más alboroto?

Pero el prisionero no contestaba, únicamente yacía con ojos grandes, oscuros, brillantes, de animal atado. Hubo un instante de desconcierto.

—Bueno, entonces, haz lo que dices —dijo irritada la mujer—. Sacadlo fuera entre todos y cerremos la casa.

Eso hicieron. Recogiendo al atado, los cuatro soldados salieron tambaleándos torpemente al silencioso patio que había delante de la posada, la mujer seguía con la gorra y el abrigo. Los jóvenes soldados soltaron con rapidez los tirantes de las piernas del prisionero, y entraron a saltos. Iban en calcetines, y fuera las estrellas brillaban frías. Permanecieron vigilantes en el portal, el hombre yacía inmóvil sobre el suelo frío.

—Ahora —dijo el sargento, en voz baja—, desataré el nudo, y él mismo podrá soltarse, si Vd. entra señora.

Ella echó una última mirada al despeinado hombre atado, mientras él se sentaba en el suelo. Luego se metió en la casa, rápidamente seguida por el sargento. Después oyeron el cerrar y atrancar de la puerta.

El hombre sentado fuera en el suelo forzaba y tiraba de la cuerda. Pero incluso ahora no era tan fácil desatarse. De esta forma, con las manos atadas, haciendo un esfuerzo, se levantó, y fue y frotó la soga contra el áspero filo de una vieja pared. La cuerda, que era de cáñamo trenzado, pronto se deshilachó y rompió, y él quedo libre. Tenía varias contusiones.

Tenía los brazos doloridos y amoratados a causa de las ligaduras. Los friccionó lentamente. Luego se ajustó la ropa, se inclinó, se puso la gorra, penosamente se puso el abrigo, y se alejó.

Las estrellas estaban muy brillantes. Claro como el cristal, el haz de luz del faro debajo del acantilado golpeaba rítmicamente en la noche. Aturdido, el hombre caminó por la carretera por delante del patio de la iglesia. Luego, de pie, se apoyó en una pared, durante un largo rato.

Volvió en sí de tan fríos que tenía los pies. Así se sobrepuso, y de nuevo volvió en la silenciosa noche, a la posada.

El bar estaba a oscuras. Pero había luz en la cocina. Dudó. Luego muy sigilosamente tanteó la puerta.

Se sorprendió de encontrarla abierta. Entró y sigilosamente cerró tras él. Luego bajó el escalón frente a la barra, y se dirigió a la entrada iluminada de la cocina. Allí estaba sentada su esposa, plantada delante del fogón, donde ardía un fuego de aulaga. Sentada de cara al fogón, las piernas abiertas sobre el guardafuegos. Lo miró por encima del hombro cuando entró, pero no habló. Luego miró de nuevo al fuego.

Era una pequeña y estrecha cocina. Dejó caer su gorra sobre la mesa que estaba cubierta con un hule amarillento y tomó asiento de espaldas a la pared, cerca del horno. Su mujer sentada aún con las piernas abiertas, los pies sobre el guardafuegos acerado, miraba al fuego, inmóvil. Su piel era suave y sonrosada a la luz del fuego. Todo en la casa estaba muy limpio y reluciente. El hombre estaba sentado en silencio, también con la cabeza caída. Y así permanecieron.

La cuestión era quién hablaría antes. La mujer se inclinó hacia adelante e introdujo los extremos de las ramas entre las barras del fogón. El alzó la cabeza y la miró.

—Se han ido a la cama, ¿no? —preguntó él.

Pero ella permaneció muda.

—Una noche fría —dijo él, como para sí.

Y puso su mano grande de trabajador, aunque bien formada, en lo alto del hornillo, que era negro charolado y suave como el terciopelo. Ella no lo miraba, aunque le echaba miradas de reojo.

Sus ojos estaban brillantemente fijos en ella, las pupilas dilatadas y eléctricas como las de un gato.

—Entre miles te hubiera reconocido —dijo él—. Aunque estás más grande de lo que hubiera pensado. Has echado buenas carnes.

Estuvo callada durante un tiempo. Luego se dio la vuelta en la silla hacia él.

—¿Qué piensas de ti? —dijo ella—, volver a mí de esta forma tras más de quince años. No pienses que no he oído nada de ti, en Butte City o en cualquier otro sitio.

El la observaba con sus ojos claros, transparentes y sumisos.

—Sí —dijo—. Los hombres vienen y se van; he oído hablar de ti de vez en cuando.

Se alzó.

—¿Y qué mentiras has oído de *mí?* —preguntó altiva.

—No sé si me han contado mentiras, excepto que te iba muy bien, ¿no?

Su voz fluía cautelosa y suelta. La rabia se agitó de nuevo en ella violentamente. Pero la controló, por el peligro que había en él y más, quizás por la belleza de su cabeza y de sus bien perfiladas cejas, que no podía resistirse a perder.

—Eso es más de lo que yo puede decir de *ti* —dijo ella—. He oído de *ti* más cosas malas que buenas.

—Sí, seguro —dijo él, mirando al fuego—. Había pasado mucho tiempo sin ver arder la aulaga, se dijo para sí. Hubo un silencio, durante el cual ella le observó el rostro.

—¿Te llamas *hombre?* —dijo ella más como un desdeñoso reproche que con rabia—. Abandonar a una mujer como me abandonaste a mí, sin que te importe y luego aparecer de *ésta* manera, sin una palabra de disculpa.

El se revolvió en la silla, separó los pies, y

apoyando los brazos en las rodillas, miró fijamente al fuego, sin responder. Tan cerca de ella estaba su cabeza, y su espeso cabello negro, que ella apenas pudo contener el deseo de separarse, como si lo mordiera.

—¿Llamas a eso la acción de un *hombre*? —repitió.

—No —dijo, cogiendo y arrimando al fuego los trozos de madera con los dedos—. No lo llamé de ninguna manera, por lo que sé. No es bueno poner nombres a las cosas, cualesquiera que sean, por lo que sé.

Ella le observaba en sus movimientos. La pausa entre cada frase era cada vez mayor, aunque ninguno lo sabía.

—Me *pregunto* qué piensas de ti —exclamó ella, con enojo—. Me *pregunto* qué clase de tipo crees ser. Estaba realmente tan perpleja como enfadada.

—Bueno —dijo levantando la cabeza para mirarla—. Creo que daré cuentas de mis culpas, si alguien más da cuenta de las suyas.

El corazón le latía furiosamente mientras él levantaba su rostro hacia ella. Ella respiró profundamente, esquivando el rostro, casi perdiendo el control de sí misma.

—¿Y por qué *me* tomas? —gritó ella, con auténtica impotencia.

Su rostro erguido la miraba, observando su suave y esquivo rostro, y el silencioso palpitar de la masa de sus pechos.

—Te tomo —dijo él, con esa lacónica sinceridad que ejercía tanto poder sobre ella—, por el diablo de una hermosa mujer, que me condenen si no eres una mujer tan bien hecha como las que he visto, y guapa al mismo tiempo. No hubiera imaginado que echaras tan hermosas carnes: de verdad que no.

El corazón le latía furiosamente mientras la observaba fijamente con aquellos ojos de ágata resplandeciente.

—Parecerte muy guapa, durante quince años, ¡por Dios! —replicó.

El no respondió, sentado con sus vivaces ojos brillantes puestos en ella.

Entonces se levantó. Ella se sobresaltó involuntariamente. Pero él tan solo dijo con su tono lacónico y comedido:

—Hace calor ahora aquí.

Y se quitó el abrigo, arrojándolo sobre la mesa. Ella se sentó como si estuviera ligeramente acobardada, al mismo tiempo que él.

—Tus cuerdas me han hecho algo en los brazos, Dios —dijo lenta y pesadamente, sintiéndose los brazos con las manos.

Siguió sentada en la silla ante él, un poco acobardada.

—Qué lista fuiste, ¿verdad? para atraparme así, ¿eh? —sonrió ligeramente—. Por Dios que me cogiste bien, qué bien me tenías. Que me condene, que me atrapaste bien, bien que lo hiciste.

Se inclinó adelante en la silla hacia ella.

—No te considero peor por esto, no, que me condene si es así. Buenas agallas las de una mujer a la que admiro. De verdad que sí.

Ella sólo miraba al fuego.

—Nos llevamos bien desde el principio, sí. Y, palabra, que empezaste de nuevo al minuto de verme, sí. Que me condene, fuiste demasiado lista para mí. Una condenada mujer hermosa, presenta una condenada buena pelea. Que me condene si pude encontrar una mujer en todos los condenados Estados Unidos que me pudiera humillar así. Eres una mujer hermosa y maravillosa a decir verdad, en este instante.

Sentada sólo miraba al fuego con preocupación.

—Agallas tan grandes como las que un hombre podría desear ver en una mujer, tan cierto como que estoy aquí —dijo alargando la mano y probando a tocarla entre sus llenos y cálidos pechos, despacio.

Ella se sobresaltó, y pareció estremecerse. Pero su mano se adentró entre sus pechos, mientras ella continuaba mirando al fuego.

—Y no creas que he vuelto aquí a mendigar —dijo—. Tengo más de mil libras a mi nombre, las tengo. Y un poco de pelea por diversión me agrada, eso es. Pero eso no quiere decir que vayas a negar que eres mi mujer...

SENDA DE ROSAS

Por D.H. LAWRENCE

Traducción de: A. CANDELA MERI
J. MATEO MARTINEZ
P. RIGUAL BONASTRE

Un hombre joven salió de la estación de Victoria, mirando indeciso a los taxis, rojoscuros y negros, apiñándose junto al bordillo bajo el techo de cristal. Varios hombres con guardapolvos de botones de cobre se agitaban para captar su atención, mirando al mismo tiempo a los demás, que cruzaban las salidas de la estación. Sin embargo, Berry se fijó en uno de los hombres, un tipo grande y corpulento cuyos ojos azules echaban fuego y cuyo bigote rojizo sobresalía desafiante.

—¿*Quiere* un taxi el señor? —preguntó el hombre, en tono desafiante y medio burlón.

Berry aún dudó.

—¿Es usted Daniel Sutton? —preguntó.

—Sí —replicó el otro, inquieto y desafiante.

—Entonces, usted es mi tío —dijo Berry.

Tenían un color de tez similar y se parecían en algo, pero el taxista era un hombre fuerte y bien formado que miraba al mundo con agresividad, que estaba realmente a la defensiva de lo que sentía. Su sobrino, de la misma estatura, era delgado, bien vestido, y de porte reservado y correcto. Y, sin embargo, eran obviamente parientes.

—¿Y quién diablos eres tú? —preguntó el taxista.

—Daniel Berry —respondió el sobrino.

—Bueno, maldita sea, no he vuelto a verte desde que eras un chiquillo.

Un tanto avergonzados, después de tanto tiempo, se dieron la mano.

—¿Cómo estás muchacho?

—Muy bien. Creía que estabas en Australia.

—Volví hace tres meses, me compré un par de estas malditas cosas —dio una patada al neumático de su taxi con apegado desencanto. Hubo un momento de silencio.

—¡Ah! pero volveré. Ya no soporto más este corrompido y podrido país del demonio; ¡anda!, vente conmigo a Sidney. Ese es tu sitio, hermoso lugar, ¡ah! no podrías desear nada mejor. Y también hay dinero. ¿Cómo está tu madre?

—Murió en Navidad —dijo el joven.

—¡Muerta! ¡Qué! Nuestra Ana. —Los ojos del hombretón se quedaron fijos, y retrocedió con espanto—. ¡Dios, muchacho! —dijo—. ¡Son tres los que se han ido!

Los dos hombres miraron a la gente que pasaba por las pálidas aceras grises, bajo el muro de la iglesia de la Trinidad.

—Bueno. ¡Que la suerte me acompañe —dijo el taxista, por fin, con respiración jadeante—. Era la mejor del grupo. Ni los veo ni sé nada de los demás.

—No vale la pena, ¡qué me condene si no es así!, ¡nuestras censuradoras Adela y Maud! —miró despreciativamente a su sobrino—. Pero ella era la mejor, nuestra Ana lo era, es un hecho.

Hablaba porque tenía miedo.

—Y tras una vida dura como la que tuvo. ¿Qué edad tenía, muchacho?

—Cincuenta y cinco.

—Cincuenta y cinco... —Dudó. Luego, con voz tenue hizo la pregunta que le aterrorizaba:

—¿Y de qué fue, entonces?

—Cáncer.

—Cáncer otra vez, como Julia. Nunca supe que hubiera cáncer en nuestra familia.

—¡Oh, santo cielo! ¡Nuestra pobre Ana, después de la vida que llevó! ¿Qué, muchacho ves algún dios detrás de todo esto?

—¡Qué me condene si lo veo!

Miraba fijamente, con sus ojos azules y fieros a su sobrino. Berry levantó ligeramente los hombros.

—¿Dios? —continuó el taxista en un tono exagerado y extraño—. Sólo tienes que mirar a la gente de la calle para saber que no hay otra cosa que la mantenga en marcha mas que la gravedad. ¡Míralos! ¡Mira a ese! —Un hombre con aspecto de perro callejero pasó husmeando— ¿no *te* mataría por la cadena de tu reloj, de no ser porque teme a la sociedad? *Lo* lleva dentro... ¡Míralos!

Berry observaba pasar a la gente de la ciudad, y, sintiendo impresionado el resentimiento de su tío, parecía estar observando un tipo de *dance macabre* de horribles criminales.

—¿Viste alguna vez una pandilla igual dejada de la mano de Dios arrastrándose por ahí? El mirarlos te causa los máximos horrores. Me siento en este condenado coche y los miro hasta que, te lo aseguro, siento ganas de echarme con el taxi encima de ellos y marcharme al otro mundo.

Berry se asombró ante esta salida. Sabía que su tío era la oveja negra, el más joven, el preferido de la familia de su madre.

Sabía que era contrario a toda norma, alternaba con sujetos inmorales y jugadores, siempre apostando y bebiendo, en concursos de perros y pájaros y asistiendo a las carreras. Sin embargo, como crítico de la vida, no lo conocía. Pero el joven, curiosamente, se sintió comprensivo. —Utiliza palabras como yo, habla casi como yo, salvo que yo no diría esas cosas. Pero podría sentir así, dentro de mí, si fuera por cierto camino.

—Tengo que ir a Watmore —dijo—. ¿Puede llevarme?

—¿Cuándo quieres ir? —dijo el tío vehementemente.

—¡Ya!

—¡Vamos, pues! ¿Qué haces ahí plantado parloteando en la calzada?

El sobrino se sentó junto al conductor. El taxi comenzó a temblar, luego arrancó con un runrún. El tío, manos y pies actuando mecánicamente, mantenía sus ojos azules fijos en la carretera, entre cuyo tráfico el coche se abría paso, Berry se sintió curiosamente como si estuviera sentado junto a una futura proyección de sí mismo. Su memoria retrocedió a su madre. Era veinte años mayor que este hermano a quien tanto quiso. —El era uno de los niños más cariñosos, ¡y con un cabello tan rizado! Nunca hubiera creído que llegaría a ser el gran y vulgar matón que es, porque no es otra cosa. Mi padre hizo un dios de él, bueno, bien está que su padre esté muerto. Se metió en esa pandilla de jugadores, eso es cuanto hizo. Las cosas le fueron demasiado bien, por lo que no pensaba en nadie más que en él mismo, y éste es el resultado.

No es que *Joky* Sutton fuera una oveja tan negra. Vivió ociosamente hasta los dieciocho años, luego, súbitamente, se casó con una hermosa joven de finas cejas y ojos gris oscuros, una obrera. Habiéndosela llevado a vivir con sus padres, él, amante de perros y palomas, entró en la plantilla de un periódico deportivo. Pero su esposa se encontraba sin apoyo ni calor. Aunque hicieron bastante dinero, su casa era oscura y fría y poco acogedora. Tenía dos o tres perros, y convirtió todo el ático en un gran palomar. Su mujer y él vivían sin comodidades, sin calor alguno, ni refinamiento ni toque alguno de belleza por ninguna parte, salvo la que había en ella. Era un hombre jactancioso e impetuoso, había bastante frialdad en su corazón, no le importaba casi nada, se administraba bien y era tacaña con el dinero. Y al hablar tenía un acento ordinario. Se excedía con ella montones de veces en tono vulgar y, sin embargo, ese frío tañido de su voz le torturaba de vergüenza que él mitigaba insultando y haciendo más violenta su forma de hablar.

Tan sólo sus perros lo adoraban, y a ellos, y a sus palomas les hablaba con caricias rudas, aunque curiosamente tiernas, mientras saltaban y revoloteaban de alegría.

Cuando hacía siete años que su mujer y él se habían casado les nació una niña, y más tarde otra. Pero, marido y mujer, no se unieron más. Tenía un cariño por sus hijas casi similar al de una fría institutriz. El tenía el miedo a lo sentimental de todo hombre emocional, lo que contribuía a frenar cualquier efusión de su esposa.

El trataba a sus hijas con rudeza, y fingió creer que era un buen negocio cuando una de ellas fue adoptada por una tía materna acomodada. Pero, en el fondo, odiaba a su esposa por haber sido capaz de deshacerse de una de sus hijas. Pero, a pesar de su fría apariencia ella lo amaba. Con un hombre así no tenía más salida que la de ser una criatura fría y dura. Pues ella lo amaba.

Al final se enamoró absurda y violentamente de una joven bastante sentimental que leía a Browning. Le pasó una renta a su mujer y formó

un nuevo *ménage* con la joven, emigrando con ella a Australia poco después. Entretanto, su esposa se había ido a vivir con un tabernero, un viudo, con el cual había establecido uno de esos curiosos, tácitos arreglos de los que las mujeres tranquilas son capaces, algo parecido a un acuerdo en previsión de futuro.

Esto era cuanto su sobrino sabía. Se sentó junto a su tío, preguntándose por el estado actual de las cosas. Aceleraron un poco al pasar el cementerio y el bulevar, luego se adentraron en el mugriento campo. El barro salpicaba los costados, había una fina llovizna que les azotaba el rostro. Berry se arrebujó del todo.

En los caminos los altos setos brillaban oscuros por la lluvia. El cielo gris plateado, ligeramente moteado, se extendía por la llanura verde. El tío miraba la carretera con agresividad, luego volvió su rostro rojizo hacia su sobrino.

—¿Y cómo te va muchacho? —dijo en voz alta.

Barry notó que su tío se sentía un poco incómodo con él. Lo que también le incomodó. El mayor de los dos, evidentemente, tenía algo dentro de sí que le angustiaba.

—¿Con quién vives en la ciudad? —preguntó el sobrino.

—¿Has vuelto con la tía Maud?

—No —rugió el tío—. No me aceptaría. Se lo propuse, quiero, pero ella no quiso.

—¿Estás solo entonces?

—No, no estoy solo.

Se volvió y miró fijamente a su sobrino con sus ojos azules y agresivos, pero no dijo nada más durante un rato. El coche corría entre el barro, bajo el húmedo muro del parque.

—Esa otra pájara intentó envenenarme —gritó súbitamente el viejo—. Con la que me marché a Australia. —A lo que a pesar suyo, el joven sonrió para sí.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Quiso deshacerse de mí. Se lió con otro tipo en el barco... Vaya, si lo pasé mal.

—¿Dónde, en el barco?

—No, bramó el otro. No. Fue en Wellington, Nueva Zelanda. Lo pasé mal, iba de mal en peor, no podía imaginar lo que ocurría. Apenas podía arrastrarme. Tan cierto como que estoy aquí, me estaba envenenando, para liarse con el otro tío, estoy seguro.

—¿Y qué hizo usted?

—Me largué. Me fui a Sidney.

—¿Y la abandonó?

—Sí, pensé que sería mejor largarse si quería vivir.

—¿Y le fue bien en Sidney?

—Mejor que nunca; *sé* que me ponía veneno en el café.

—¡Hum!

Se hizo un triste silencio. El conductor miraba la carretera, fijamente, llevando el coche como si fuera algo vivo. El sobrino sintió que su tío tenía miedo, estaba bastante aturdido por el miedo, el miedo de la vida, de la muerte, de sí mismo.

—¿Está de alquiler entonces? —preguntó el sobrino.

—No. Vivo en mi propia casa —dijo el tío con altanería—, con la mejor mujercita de las Midlands. Es una maravilla. ¡¿Por qué no vienes a vernos?

—Lo haré. ¿Quién es ella?

—¡Oh!, es una buena chica; una cosita preciosa. Me quedé prendado la primera vez que la vi. Y ella de mí. Su madre vive con nosotros. Una chica respetable, ninguna de sus...

—¿Y qué edad tiene?

—¿Qué edad tiene? Tiene veintiuno.

—¡La pobre!

—Tiene los suficientes.

—¿Se casaría con ella, divorciándose?

—Me casaré con ella.

Había un poco de hostilidad entre los dos hombres.

—¿Dónde está la tía Maud? —preguntó el más joven.

—Está en la Rail-Way Arms; lo hemos pasado, justo al lado del cruce de *Rollings Mills*... Me enviaron un aviso esta mañana para que fuera a verla cuando pudiera. Está tísica.

—¡Santo cielo! ¿Va a ir?

—Sí.

Pero nuevamente Berry sintió que su tío tenía miedo.

El joven resolvió sus asuntos en el pueblo, tomó una copa con su tío en la taberna y los dos volvieron a casa. El tema de conversación del más viejo fue Australia. A medida que se acercaban a la ciudad se callaron, pensando los dos en la taberna. Por fin vieron que las barreras del paso a nivel estaban bajadas ante ellos.

—¿No vas a pasar? —preguntó Berry con un movimiento de cabeza en dirección a la taberna que se encontraba en la esquina de dos calles,

con su letrero colgado de un castaño de Indias desnudo que había delante.

—Podría. Entremos a tomar una copa —dijo el tío.

Había estado lloviendo toda la mañana por lo que había charcos en todas partes. El carro del cervecero con barriles mojados y caballos oliendo a calor, permanecía cerca de la puerta de la taberna. Todo parecía silencioso, excepto por el traqueteo de los trenes en el paso a nivel. Los dos hombres subieron inquietos los escalones y entraron en el bar. El lugar estaba encharcado a causa de las pisadas, vacío. Al oír que el tabernero se acercaba el tío preguntó, con su jactancia habitual, ligeramente acallada por el miedo: —¿qué vas a tomar, muchacho? ¿Lo mismo de antes?

Entró un hombre, evidentemente el propietario. Era guapo, de rostro grave y alargado y de ojos rápidos y oscuros. Su mirada a Sutton fue rápida; un comienzo, un reconocimiento, y una retirada a la grave neutralidad.

—¿Cómo estás, Dan? —dijo, apenas molestándose en hablar.

—¿Y tú, George? —respondió Suttón, sin ganas—. Mi sobrino, Dan Berry. Sírvenos *Red Seal*, George.

El tabernero saludó al joven con la cabeza, y puso los vasos en la barra. Les acercó los dos vasos, luego se apoyó en el rincón oscuro, tras la puerta, los brazos cruzados, era evidente que prefería rehuir los ojos inquisitivos del sobrino.

—¡Salud! —dijo Sutton.

El tabernero asintió con agradecimiento. Sutton y su sobrino bebieron.

—¿Por qué diablos no arregláis la carretera de Cinder Hill? —dijo Sutton con rabia, echándose hacia atrás, su gorra de conductor y enseñando su pelo tieso y corto.

—No se hacen el ánimo de arreglarla —respondió el tabernero lacónicamente.

—¡Hacerse el ánimo! Merecen que se les dé carretillas y corran arriba y abajo hasta pedir clemencia.

Sutton dejó el vaso. El tabernero volvió a llenárselo, con mano firme, con la naturalidad de todo cuanto hacía. Se apoyó de espaldas contra la barra. No llevaba chaqueta. De pie con los brazos cruzados, la barbilla sobre el pecho, su largo bigote le colgaba. La espalda era redonda y de hombros caídos, por lo que la parte inferior del abdomen le asomaba, aun no estando gordo. Las mejillas saludables, rojoscuras, y era musculoso. Sin embargo, había en él esa flacidez física, una desgana en sus movimientos lentos y seguros. Sus ojos eran penetrantes bajo sus oscuras cejas, pero también vacilantes, como si estuviera melancólicamente apático. Hubo un suspenso. El tabernero evidentemente no iba a decir nada. Berry miró la barra de caoba, mojada de cerveza, las botellas de whisky de las estanterías. Sutton, la gorra echada hacia atrás, mostraba una raya blanca sobre el rostro enrojecido por la intemperie, se alisó su corto cabello, con intranquilidad.

El tabernero, de pronto, giró la vista hacia ellos. Dio la impresión de que tan sólo sus ojos se movían.

—¿Subimos? —preguntó.

Y algo, quizás sus ojos, indicaron la alcoba oculta.

—Sí. Por eso he venido —respondió Sutton, moviéndose nerviosamente sobre uno y otro pie—. ¿Ha preguntado por mí?

—Esta mañana —respondió el tabernero indiferente.

Luego levantó la trampilla de la barra y se adentró por el oscuro portal posterior. Sutton, quitándose la gorra, mostrando una cabeza redonda y rapada que ahora estaba inclinada, le seguía. Los botones que sujetaban el cinturón de su abrigo por detrás, brillaron un instante.

Subieron las escaleras oscuras, el marido poniendo los pies cuidadosamente a causa de sus grandes botas. Después siguió hasta el final del pasillo, intentando apretarse vagamente el vientre, que parecía estar deshaciéndose y, en definitiva, deseoso de un buen brandy. El tabernero abrió una puerta. Sutton, grande y corpulento con su abrigo, pasó por delante de él.

Después del pasillo la habitación daba la impresión de ser cálida. Había un edredón rojo encima de la cama. Luego, haciendo un esfuerzo, Sutton volvió la vista hacia la enferma. Encontró sus ojos, directos, oscuros, dilatados. Fue tal la impresión que casi le hizo retroceder. Por un momento lo paralizó el dolor, como si una llama invisible lo estuviera consumiendo hasta reducir sus huesos y lo fundiera. Luego, vio el contorno afilado y blanco de su mandíbula y el cabello negro junto a las hundidas mejillas. En un arranque se acercó a la cama.

—Hola, Maud —dijo—. ¿Qué cómo te va?

El tabernero permanecía junto a la ventana de espaldas a la cama. El marido, como condenado pero a punto de marcharse, permaneció al lado de la cama, mirando fijamente con espanto a su esposa, cuyos dilatados ojos grises, ahora casi negros del todo, lo observaban con fatiga, como si estuvieran mirando algo lejano.

Empalideciendo en exceso, con un brusco movimiento alzó la cabeza y miró fijamente la pared por encima del cabezal. Había un cuadrito de

Dibujo original de MABEL

colores con un pájaro posado en una campana, y, detrás, un nido entre hojas de hiedra. Le atrajo, le hizo reflexionar, produjo en él una sensación de magia infantil. Eran hojas de hiedra verde, maravillosamente frescas, y nadie había visto el nido entre ellas, salvo él.

Luego, de pronto, volvió a mirar el rostro de la cama, para intentar reconocerlo. Conocía el blanco ceño y las hermosas cejas claras. Esa era su esposa, con quien había pasado su juventud, carne de su carne, suya, él mismo. Luego, aquellos ojos cansados, que de nuevo habían encontrado los suyos después de tanto tiempo, le perturbaron hasta el punto de no saber donde se hallaba. Sólo las mejillas hundidas y la boca que parecía sobresalir, le resultaban extrañas y lo llenaron de espanto. Daba la impresión de haber perdido su identidad. Era el joven marido de la mujer de cejas claras, era el hombre casado que peleaba con ella cuyos ojos le observaban, un poco indiferentemente, en la lejanía, y él era un niño espantado ante aquella boca abultada.

Se escuchó el sonido entrecortado de su voz. Sabía que estaba tísica y tuvo que hacer grandes esfuerzos para soportar ese ruido.

—¿Qué has dicho, Maud? —preguntó aterrado.

Luego volvió a escucharse la voz rota, entrecortada. Estaba demasiado aterrorizado por aquel sonido para oír lo que decía. Hubo un silencio.

—¿Te encargarás de Winnie? —la voz del tabernero interpretaba desde la ventana.

—No te preocupes, Maud, me encargaré de ella —dijo él, confundiendo su mente para no comprender.

Miró con curiosidad por la habitación. La habitación no estaba mal, luminosa y cálida. Había muchos frascos de medicina amontonados en una esquina del aguamanil y una botella de brandy *Three Star,* medio llena. Y también había unas fotografías de desconocidos sobre la cómoda. La habitación no estaba mal.

De nuevo se sobrecogió como si le hubieran dado un tiro. Ella estaba hablando. El se inclinó pero no la miró.

—Sé bueno con ella —susurró.

Cuando se dio cuenta de lo que quería decir, que tendría que ser bueno con su hija cuando la madre se hubiese marchado, una cuchilla atravesó su carne.

—Seré bueno, Maud, no te preocupes —dijo él, empezando a temblar.

Volvió a mirar el cuadro del pájaro. Posado alegremente bajo un cielo azul, con vigorosas y alegres hojas de hiedra cerca. Estaba armándose de valor para irse. Bajó la mirada, pero luchó firmemente para que no se le grabara el rostro de su esposa.

—Volveré, Maud —dijo—. Espero que te mejores. ¿Quieres algo?

Se produjo un casi imperceptible movimiento de cabeza en la enferma, que le partió el corazón. Luego, arrastrando los pies, salió de la habitación y bajó las escaleras.

El dueño le siguió.

—si pasa algo te lo haré saber —dijo el tabernero, lacónico aún, pero con ojos oscuros y vivos.

—Sí, bien —dijo Sutton a ciegas. Buscó su gorra, que había tenido todo el tiempo en la mano. Salió.

En un instante, tío y sobrino estaban en el coche traqueteando sobre el paso a nivel. El viejo daba la impresión de tener algo clavado en el cerebro que le hacía abrir los ojos de par en par, y mirar fijamente. Sujetaba el volante con firmeza. Se sabía capaz de conducir con precisión, con precisión milimétrica. Con mirada de rabia y fija adelante, dejaba ir al coche hasta que empezó a dar saltos por la escabrosa carretera. Había tres carros de carbón en fila. En un instante el coche los pasó rozando, casi tocando el bordillo del otro lado. Sutton dirigía su coche como un proyectil, mirando fijamente adelante. No quería saber, ni pensar ni darse cuenta, tan sólo quería ser el conductor de aquel veloz taxi.

De pronto apareció la ciudad. Había macizos con árboles frutales de ramitas purpúreas y sendas mojadas entre los setos. Luego de pronto las calles de casas habitadas se arremolinaron próximas, y el coche subió la colina, con un enojoso runrún —arriba-arriba—, hasta que alcanzaron la cresta y pudieron ver los tranvías, rojoscuros y amarillos, abriéndose camino tras la esquina de allá abajo, y el tráfico rugiendo entre las tiendas.

—¿Tienes que ir a algún sitio? —preguntó Sutton a su sobrino.

—¡Ven a cenar con nosotros! —dijo el otro.

Berry sabía que su tío quería distraerse, para no tener que pensar ni estar consciente. El hombre grande huía del espanto de la consciencia.

—¡De acuerdo —asintió Berry.

El coche atravesó rápidamente la ciudad. Ascendió veloz una larga calle casi hasta el campo otra vez. Luego se detuvo ante una casa que se erigía solitaria, bajo la carretera.

—Estaré de vuelta dentro de diez minutos —dijo el tío.

El coche continuó hasta el garaje. Berry se quedó con curiosidad en lo alto de las escaleras

de piedra que conducían desde la carretera hasta el nivel de la casa, un viejo lugar de piedra. El jardín estaba destrozado. Frutales rotos apoyados en un acusado ángulo bajo el escarpado terraplén. Justo a través de una sombría atmósfera gris, en una especie de valle al borde de la ciudad, nuevos arrabales que como parches se destacaban rosáceos sobre la tierra oscura. Era una especie de tierra fronteriza sin delimitar.

Berry bajó los escalones. Por la cerca rota y negra del huerto, la hierba larga se mostraba amarilla. El lugar parecía desierto. Llamó a la puerta, luego volvió a llamar. Una mujer de edad apareció. Tenía aspecto de ama de llaves. Al principio dijo con recelo que Mr. Sutton no estaba.

—Mi tío acaba de dejarme. Llegará dentro de diez minutos —respondió el visitante.

—¡Oh!, ¿es usted el Sr. Berry que está emparentado con él? —exclamó la vieja— ¡Entre, entre!

De inmediato se tornó amable y un poquito servil. El joven entró. Era una casa vieja, bastante oscura y escasamente amueblada. La mujer se sentó nerviosamente en el borde de una silla del salón que daba la impresión de haber sido amueblado con tétricas reliquias de casas tétricas. Hubo una pequeña tentativa de conversación. Mrs. Greenwell era evidentemente una mujer de la clase trabajadora no acostumbrada ni a servir ni a formalismos de ningún tipo.

Luego se armó de valentía para invitar a su visitante a pasar al comedor. Allí, desde la mesa que había bajo la ventana se levantó una chica deltada y alta con un gato en los brazos. Evidentemente se hizo un poco más la señora de lo que era, pero tenía un aspecto menudo, dulce, delicado. Su cabello castaño casi le cubría las orejas, sus pestañas oscuras caían de vergonzosa incomodidad sobre sus bellos ojos azules. Le dio la mano con sinceridad, aunque estaba acobardada. Evidentemente no estaba segura de cómo su posición afectaría al visitante. Y, sin embargo, se sentía segura de sí misma, acobardada y tímida como era.

—Debe estar muy enamorada de él —pensó Berry.

Las dos mujeres miraron con rostros avergonzados la mesa toscamente puesta. Evidentemente comían de manera bastante tosca y elemental.

Elaine —tenía este nombre— tocó el gato tímidamente, sin saber qué hacer o decir, incapaz incluso de pedir al visitante que se sentara. El se dio cuenta de cómo su falda caía casi sin forma sobre las caderas. Era joven, apenas desarrollada, una cosa larga y delgada. Su tez era cálida y delicada.

La vieja apresuradamente se dirigió a la cocina. Berry acarició a los terriers que curiosos habían acudido a sus pies, y echó una ojeada por la ventana al huerto húmedo y desierto.

Esta habitación tampoco estaba bien amueblada, y era bastante oscura. Pero había un gran fuego vivo.

—Siempre tiene foxterriers —dijo él.

—Sí —respondió ella, mostrando sus dientes en una sonrisa.

—¿También a Vd. le gustan?

—Sí —ella echó una mirada a los perros—. Tam me gusta más que Sally.

Su conversación siempre se acababa hasta no ser más que un embarazoso silencio.

—Hemos ido a ver a la tía Maud —dijo el sobrino.

Sus ojos, azules y asustados y temerosos, se encontraron con los suyos.

—Dan tuvo una carta —explicó él—. Ella está muy mal.

—¿No es algo horrible? —exclamó ella, desmoronándosele el rostro de temor.

La vieja, evidentemente, esposa de un trabajador, desgastada, pisoteada, entró con dos platos de sopa.

Ella echaba miradas ansiosas para ver cómo su hija se las arreglaba con el visitante.

—Madre, Dan ha ido a ver a Maud —dijo Elaine, con voz sosegada, llena de miedo y preocupación.

La vieja levantó los ojos con ansiedad, interrogante.

—Creo que quería que se encargara de la niña. Está muy mal, según creo —explicó Berry.

—¡Oh!, deberíamos encargarnos de Winnie —exclamó Elaine. Pero las dos mujeres parecían inseguras, fluctuando en su actitud. Entonces Berry pudo ver que su tío las había intimidado, como intimidaba a todo el mundo. Pero ellas parecían estar acostumbradas a los hombres desagradables, y parecían mantenerse al margen.

—¿Quiere un poco de sopa? —preguntó la madre, humildemente.

Evidentemente era la que trabajaba. La hija debía ser la señora, más o menos, siempre arreglada y bonita para cuando Sutton llegara.

Le oyeron bajar apresurada y pesadamente los escalones de fuera. Los perros se levantaron. Elaine pareció olvidarse del visitante. Era como si volviera a la vida. Aunque estaba nerviosa y asustada. La madre se levantó como dispuesta a disculparse.

Sutton abrió de golpe la puerta. Grande, jactancioso, empapado en su inmenso abrigo gris, entró en el comedor.

—¡Hola! —dijo a su sobrino—, ¿estás cómodo?

—Ah, sí —respondió Berry.

—Hola, Jack —dijo a la chica— ¿Has hecho pucheritos?

—¿Por qué? —preguntó ella, con su voz clara, medio desafiante, que tenía ese peculiar timbre casi petulante, tan femenino y atractivo. Sin embargo, ella era insolente como un chico.

—Es un milagro que no hayas llorado —refunfuñó Sutton. Y, con movimiento realmente confiado, se agachó y acarició a los perros, aunque sin hacerles caso. Luego se puso en pie y permaneció con las piernas separadas sobre la alfombra cercana a la chimenea, la cabeza inclinada adelante, contemplando a la chica. Parecía abstraído, como si tan sólo tuviera ojos para ella. Su abrigo grande caía abierto, por lo que ella podía ver su figura sencilla y humana dentro de esta enorme cáscara entelada. Ella permanecía nerviosa con las manos detrás, mirándolo, incapaz de mirar otra cosa. Y él apenas se apercibía de otra cosa que no fuera ella. Sus ojos aún estaban cansados y fijos y mientras seguían a la chica, cuando, lánguida y estilizada, se alejaba, era como si viera en ella algo impersonal, la hembra, no la mujer.

—¿Habéis cenado? —preguntó él.

—Ahora mismo íbamos a cenar —respondió ella, con la misma curiosa ligera vibración de su voz, como el teñido de una cuerda.

La madre entró, portando una cazuela de la que sirvió sopa en tres platos.

—Siéntate, muchacho —dijo Sutton—. Tú, siéntate, Jack, y tráeme aquí el mío.

—¡Eh!, ¿no vienes a la mesa? —se quejó ella.

—Te digo que no —gruñó él, casi fingiendo ser desagradable.

Pero tenía un poco de miedo incluso de su fingimiento, que le agradaba y desahogaba. El continuaba sobre la alfombra comiéndose la sopa ruidosamente.

—¿No vas a quitarte el abrigo? —dijo ella—. Se está llenando la habitación de vapor.

El no respondió, pero, con la cabeza inclinada sobre el plato comía la sopa apresuradamente, para acabársela. Cuando dejó el plato vacío, ella se levantó y fue a él.

—Quítate el abrigo, Dan —dijo ella, y cogió las solapas de su abrigo intentando quitárselo por los hombros. Pero no pudo. Unicamente su mirada se tornó airada cuando su mano se movía por los hombros. La miró a los ojos. Empalideció, con aspecto temeroso, y apartó el rostro, dibujado de amor y miedo y tristeza. De nuevo intentó quitarle abrigo, sus finas muñecas dándole tirones. Continuó firmemente plantado, y no la miraba sino que miraba fijamente al frente. Ella jugaba con la pasión, a la que temía, y realmente deprimida porque la había suprimido, a la persona. Sin embargo, ella proseguía. Y penetró en su actitud, en sus ojos, la curiosa sonrisa de la pasión, ahuyentando incluso el horror de la muerte. La vida en él era más fuerte que la muerte. Ella permaneció próxima a su pecho. Sus ojos se encontraron, y se extasió.

—Quítate el abrigo, Dan —dijo mimosa, en voz baja, exclusivamente para él. Y deslizó sus manos por sus hombros, y él se rindió, así que el abrigo cayó. Se había ruborizado y sus ojos irradiaron luz.

Cogió los puños del abrigo. Delicadamente, se relajó, para que ella se lo quitara. Luego se quedó en un traje ligero, que revelaba sus formas vigorosas, casi maduras.

—¡Qué pesado! —exclamó ella, con tono peculiar y penetrante, mientras salía apretujando el abrigo. Volvió al instante.

El seguía en la misma posición, con ceño sobre los ojos intensos y fijos. El dolor, el miedo, el horror en su pecho se estaban apagando ante la nueva y más intensa llama de la pasión.

—Cómete la cena —le dijo a ella con tosquedad.

—Ya he comido lo que quería —dijo ella—. Ven y tómate la tuya.

Miró la mesa como si hallara dificultad en ver las cosas.

—No quiero más —dijo él.

Ella permanecía junto a su pecho. Quería tocarlo y confortarlo. Había algo en él ahora que la fascinaba. Berry se sintió ligeramente avergonzado de que ella pareciera ignorar la presencia de los otros en la habitación.

La madre entró. Miró a Sutton, plantado de pie sobre la alfombra, la cabeza inclinada, el marcado ceño ocultando sus ojos. Había una peculiar y fortalecida intensidad en él que hacía sentir miedo a la vieja. De pronto, giró la cabeza hacia su sobrino.

—Continúa cenando, muchacho —dijo él, y se dirigió a la puerta. Los perros, que habían estado todo el tiempo levantándose y tumbándose intranquilos, ahora se levantaron y observaron. La chica fue tras él, diciendo claramente.

—¿Qué querías, Dan?

Su figura delgada y ágil desapareció, la puerta se cerró tras ella.

Se hizo un silencio. La madre, todavía de apariencia aún más servil en sus movimientos, se sentó en una silla baja. Berry bebió un poco de cerveza.

—Esa chica lo dejará —se dijo él para sí—. «Ella lo odiará como al veneno. Y le servirá de lección. Luego se largará con otro».

Y así fue.

LA HIJA DEL TRATANTE DE CABALLOS

Por D.H. LAWRENCE

Traducción de: A. CANDELA MERI
J. MATEO MARTINEZ
P. RIGUAL BONASTRE

—Bien, Mabel, ¿y qué va a ser de ti? —preguntó Joe, con imprudente ligereza. Estaba muy seguro de sí mismo. Sin esperar respuesta, se apartó, se llevó una hebra de tabaco a la punta de la lengua y la escupió. No le importaba nada ya que estaba seguro de sí mismo.

Los tres hermanos y la hermana estaban sentados alrededor de la triste mesa del desayuno, intentando un consejo informal. El correo de la mañana había dado el golpe final a la suerte de la familia, y todo había acabado. El mismo monótono comedor con sus pesados muebles de caoba, parecía esperar a que se le pusiera fin.

Pero el consejo no parecía prosperar. Había un extraño aire de incapacidad en los tres hombres, de la manera en que se repanchigaban en la mesa, fumando y reflexionando vagamente sobre su propia situación. La muchacha estaba sola, una joven de veintisiete años, de aspecto hosco, y bastante baja. No compartía el mismo tipo de vida que sus hermanos. Podría haber sido guapa de no ser por la impasible severidad de su rostro, «bulldog», como decían sus hermanos.

Fuera se oía el confuso hollar de los cascos de los caballos. Los tres hombres se repanchigaron en sus sillas para observar. Tras los oscuros acebos que separaban la franja de césped de la carretera, podían ver la cabalgata de caballos de tiro saliendo de sus cuadras, llevados a hacer ejercicio. Era la última vez. Eran los últimos caballos que pasarían por sus manos. Los jóvenes miraban con aspecto crítico e insensible. Estaban asustados ante el hundimiento de sus vidas, el sentido del desastre en que se encontraban inmersos no les daba paz interior.

Sin embargo eran tres tipos bastante guapos y bien plantados. Joe, el mayor, era un hombre de treinta y tres años, abierto y guapo con un aire de lozanía y apasionamiento. Era de rostro rojizo, se enroscaba el negro bigote en un grueso dedo, sus ojos eran superficiales e inquietos. Tenía una manera sensual de enseñar los dientes cuando se reía, y de apariencia estúpida. Ahora contemplaba los caballos con una mirada vidriosa de desesperanza en sus ojos, un cierto estupor de abatimiento.

Los grandes caballos de tiro pasaron con su vaivén. Iban atados cabeza con cola, cuatro de ellos, y tiraban hacia un sendero que se apartaba de la carretera hincando sus enormes cascos con desdén en el fino barro negro, moviendo suntuosamente sus enormes ancas redondeadas, dando unos trotes repentinos, mientras se les conducía al camino, a la vuelta de la esquina. Cada movimiento mostraba una gran fuerza inerte, y una estupidez que los mantenía sumisos. El mozo de cabeza miraba atrás, sacudiendo la cuerda-guía. Y la cabalgata se perdía de vista sendero arriba la cola del último caballo se alzaba tiesa y estirada, sobresaliendo por las enormes y balanceantes ancas, meciéndose tras los setos, como un sueño en movimiento.

Joe observaba con ojos brillantes y desesperados. Los caballos para él eran casi como su

mismo cuerpo. Ahora se sentía acobardado. Por suerte estaba comprometido con una mujer de su misma edad, y por tanto el padre de ella que era el administrador de una finca vecina, le proporcionaría un empleo. Se casaría y volvería a lo suyo. Su vida estaba acabada, ahora sería un animal esclavizado.

Se apartó incómodo, los pasos que se alejaban de los caballos resonaban en sus oídos. Entonces con un absurdo nerviosismo cogió de los platos las sobras del tocino y dando un silbido casi imperceptible, se los arrojó al terrier que estaba tumbado contra el guardafuego. Observó como se los tragaba el perro y esperó a que el animal lo mirara a los ojos. Entonces una débil sonrisa apareció en su rostro y con voz aguda y ridícula dijo:

—Ya no comerás mucho más tocino, ¿eh?, tú p...

El perro movió el rabo tímida y tristemente, entonces agachó las patas, se enroscó y volvió a tumbarse.

Se hizo otro silencio embarazoso en la mesa. Joe se apoltronó inquieto en su silla, dispuesto a no marcharse hasta que el cónclave familiar estuviera disuelto. Fred Henry, el segundo hermano era erguido, de miembros bien formados, despierto. Había contemplado el paso de los caballos con más «sang-froid». Si era un animal como Joe, era un animal que domina y que no es dominado. Era señor de cualquier caballo, y se conducía con un aire bien templado de señorío. Pero no era dueño de las situaciones de la vida. Se retiró su espeso bigote castaño hacia arriba apartándolo de los labios, y miró enfadado a su hermana, que estaba sentada imperturbable e inexcrutable.

—Vas a quedarte con Lucy una temporada, ¿verdad? —preguntó. La chica no respondió.

—No veo qué otra cosa puedes hacer —persistió Fred Henry

—Ve de chacha —interpoló Joe lacónicamente.

La chica no movió un solo músculo.

—Si yo fuera ella, iría a estudiar para ser enfermera —dijo Malcolm, el más joven de todos. Era el pequeño de la familia, un joven de veintidós, con un fresco y alegre «museau».

Pero Mabel no le hizo ningún caso. Durante tantos años le habían hablado sin prestarle atención y sin seriedad que ella apenas sí les escuchaba.

El reloj de mármol sobre la repisa de la chimenea suavemente dio la media. El perro intranquilo se levantó de la alfombrilla junto al hogar y miró a la reunión de la mesa del desayuno. Pero todavía seguían sentados en inútil cónclave.

—¡Oh!, de acuerdo —dijo Joe de repente *a propos* de nada. Saldré adelante.

Echó su silla hacia atrás. Se puso a horcajadas, bajando súbitamente las piernas, como un auténtico jinete y se dirigió a la chimenea. Sin embargo no salió de la habitación; sentía curiosidad por saber lo que los otros harían o dirían. Empezó a llenar la pipa, mirando al perro y diciendo, con voz aguda y afectada: —¿Te vienes conmigo? ¿Te vienes conmigo, no? Te irá mejor de lo que te va ahora, ¿me oyes?

El perro movió tímidamente el rabo, el hombre sacó la mandíbula y tapó la pipa con las manos, y aspiró profundamente, ensimismándose en el tabaco, mirando todo el rato al perro con mirada aburrida y ausente.

El perro lo miró con desconfianza llena de melancolía. Permanecía de pie con las piernas separadas, como un auténtico jinete.

—¿Has tenido carta de Lucy? —Fred Henry preguntó a su hermana.

—La semana pasada —fue la indiferente respuesta.

—¿Y qué dice?

No hubo respuesta.

—¿Te pide que vayas a quedarte allí? —insistió Fred Henry.

—Dice que puedo si quiero.

—Bueno, entonces, sería lo mejor. Dile que irás el lunes.

Esto fue acogido en silencio.

—Eso es lo que vas a hacer, ¿eh? —dijo Fred Henry, con cierta exasperación.

Pero ella no dio respuesta alguna. En la habitación se hizo un silencio de futilidad e irritación. Malmcolm sonrió neciamente.

—Tendrás que decidirte de aquí al miércoles —dijo Joe ruidosamente—, o de otra manera búscate alojamiento en la calle.

El rostro de la joven se ensombreció, sin embargo siguió sentada sin inmutarse.

—¡Ahí está Jack Fergusson! —exclamó Malcolm, que miraba indolentemente por la ventana.

—¿Dónde? —exclamó Joe en voz alta.

—Acaba de pasar.

—¿Entra?

Malcolm alargó el cuello para ver la puerta.

—Sí —dijo.

Se hizo un silencio. Mabel seguía sentada como un condenado, a la cabeza de la mesa. Entonces se oyó un silbido desde la cocina. El perro

se levantó y ladró estridentemente. Joe abrió la puerta y gritó:

—Adelante.

Un instante después entró un joven. Iba embutido en un abrigo y con una bufanda morada de lana y una gorra de «tweed», que no se quitó, hundida en la cabeza. Era de mediana estatura, de rostro bastante alargado y pálido, con ojos de cansancio.

—¡Hola Jack! ¡Bien Jack! —exclamaron Malcolm y Joe. Fred Henry simplemente dijo: —Jack.

—¿Qué haces? —preguntó el recién llegado, dirigiéndose evidentemente a Fred Henry.

—Lo mismo. Tenemos que estar fuera para el miércoles. ¿Estás resfriado?

—Lo estoy y mucho además.

—¿Por qué no te quedas en casa?

—¿Quedarme *yo?*, cuando no pueda tenerme en pie, quizá lo tenga en cuenta.

El joven habló con voz ronca. Tenía un ligero acento escocés.

—Es el colmo, ¿no? —dijo Joe, ruidosamente—. Que un médico vaya por ahí garraspeando por el resfriado. Causa mala impresión a los pacientes ¿no?

El joven médico lo miró con detenimiento.

—¿*Te* sucede algo entonces? —preguntó con sarcasmo.

—No que yo sepa. Maldita sea, espero que no. ¿Por qué?

Creía que te preocupabas mucho por los pacientes, me preguntaba si podrías ser uno de ellos.

Maldita sea, no, nunca he sido paciente de ningún condenado médico, y espero no serlo jamás —replicó Joe.

En este instante Mabel se levantó de la mesa, y todos parecieron darse cuenta de su existencia. Comenzó a recoger los platos. El joven doctor la miró, pero no se dirigió a ella. No la había saludado. Salió de la habitación con la bandeja, el rostro impasible e inalterable.

—¿Cuándo os vais pues, todos? —preguntó el médico.

—Voy a coger el de las once cuarenta —respondió Malcolm—. ¿Te bajas con la berlina Joe?

—Sí, te he dicho que me bajo con la berlina, ¿no?

—Pues sería mejor que nos pusiéramos a prepararla. Hasta luego, Jack, si no te veo antes de irme —dijo Malcolm dándole la mano.

Salió, seguido de Joe, que parecía llevar el rabo entre las piernas.

—Bueno, esto es cosa del diablo —exclamó el médico cuando se quedó a solas con Fred Henry—. Te vas antes del miércoles, ¿no?

—Esas son las órdenes —respondió el otro.

—¿A dónde, a Northampton?

—Así es.

—¡El diablo! —exclamó Fergusson, con sosegada tristeza.

Y se hizo un silencio entre los dos.

—Todo listo, ¿no? —preguntó Fergusson.

—Casi.

Hubo otra pausa.

—Bueno, te echaré de menos, Freddie, muchacho —dijo el joven médico—. Y yo a ti, Jack —replicó el otro—. Te echaré terriblemente de menos —musitó el médico.

Fred Henry se dio la vuelta. No había nada que decir. Mabel volvió a entrar, para terminar de quitar la mesa.

—¿Qué *va* a hacer, entonces, Miss Pervin? —preguntó Fergusson—. Va a casa de su hermana, ¿no?

Mabel lo miró con sus ojos imperturbables y peligrosos, que siempre lo incomodaban, perturbando su aparente tranquilidad.

—No —dijo ella.

—Bien, en nombre del cielo, ¿qué *vas* a hacer? Di qué pretendes hacer —gritó Fred Henry con vana intensidad.

Pero ella tan solo apartó la cabeza, y siguió con su trabajo. Dobló el mantel blanco, y puso el mantel de felpilla.

—¡La perra más resentida que jamás pisó la tierra! —murmuró su hermano.

Pero ella terminó su tarea con rostro totalmente impasible, mirándola todo el rato con interés el joven doctor. Luego salió.

Fred Henry se quedó mirándola apretando los labios, los ojos azules fijos con intenso antagonismo, mientras hacía una mueca de agria irritación.

—Podrías decirle las mil perrerías, y eso es todo lo que sacarías de ella —dijo, con un tonillo intolerante.

El doctor sonrió ligeramente.

—Qué *va* a hacer, pues —preguntó.

—¡Qué me cuelguen si lo sé! —respondió el otro.

Hubo una pausa. Entonces el médico se movió.

—Te veré esta noche, ¿no? —dijo a su amigo.

—Sí. ¿Dónde va a ser? ¿Vamos a Jessdale?

—No sé. Tengo tal resfriado encima. Me pasaré, por el «Moon and Stars», de todas formas.

—Dejemos que Lizzie y May se pierdan la noche por una vez, ¿eh?

—Eso es, si pienso como ahora.

—Todo da igual.

Los dos jóvenes cruzaron el pasillo y bajaron juntos a la puerta de atrás. La casa era grande pero estaba sin servidumbre y desolada. En la parte posterior había un pequeño patio enladrillado, y detrás un gran cuadrado, cubierto de gravilla fina y roja, y con establos a dos lados. Campos oscuros de invierno, en pendiente, húmedos, se extendían por los lados descubiertos.

Pero los establos estaban vacíos. Joseph Pervin, el cabeza de familia había sido un hombre sin educación, que había llegado a ser un tratante de caballos relativamente importante. Los establos habían estado llenos de caballos. Había un gran ajetreo e ir y venir de caballos y de comerciantes y mozos. Entonces la cocina estaba llena de criados. Pero últimamente las cosas habían empeorado. El viejo se había casado por segunda vez, para recobrar su fortuna. Ahora estaba muerto y todo se había ido a pique, no quedaba nada más que deudas y amenazas.

Durante meses, Mabel había estado sin servicio en la casa grande, manteniendo la casa con penuria para sus incapaces hermanos. Había mantenido la casa durante diez años. Pero previamente, tuvo toda clase de medios. Luego, por brutal y vulgar que pudiese ser todo, el sentido del dinero la había mantenido orgullosa y confiada. Los hombres podían ser malhablados, las mujeres de la cocina podían tener mala reputación, sus hermanos podían tener hijos ilegítimos. Pero con tal de que hubiese dinero la muchacha se sentía segura, y enormemente orgullosa, y reservada.

Ningún visitante venía a la casa, excepto tratantes y hombres vulgares. Mabel no tenía amistades de su mismo sexo tras la marcha de su hermana. Pero no le importaba. Iba a la iglesia con regularidad, cuidaba a su padre. Y vivía con el recuerdo de su madre, que había muerto cuando tenía catorce años, y a quien había querido. También había querido a su padre, pero de forma diferente, dependiendo de él, sintiéndose segura con él, hasta que a la edad de cincuenta y cuatro se volvió a casar. Y luego se indispuso violentamente contra él. Ahora él había muerto y los había dejado a todos irremediablemente endeudados.

Había sufrido mucho durante la época de escasez. Nada, sin embargo, podía debilitar el extraño orgullo animal y resentido que dominaba a cada miembro de la familia. Ahora, para Mabel, había llegado el final. Sin embargo, no se inquietaba en exceso. Iba a seguir su propio camino exactamente igual, iba a mantener siempre las riendas de la situación. Estúpida y pertinaz, aguantaba día a día. ¿Para qué pensar? ¿Para qué responder a nadie? Era más que suficiente con que esto fuera el final, y no había escapatoria. Ya no era necesario que pasara misteriosamente por la calle mayor de la pequeña ciudad evitando las miradas. Ya no era necesario que se degradara, al entrar en las tiendas y comprase la comida más barata. Esto llegaba al final. No pensaba en nadie, ni siquiera en sí misma. Estúpida y pertinaz, parecía en una especie de éxtasis aproximándose a su culminación, su propia glorificación, acercándose a su madre muerta quien estaba glorificada.

Por la tarde cogió una bolsita, con unas tijeras de podar y una esponja, y salió. Era un día gris, desapacible con los campos tristes verdeoscuros y una atmósfera ennegrecida por el humo de las fundiciones no lejanas. Se fue deprisa, sigilosa por la calzada, sin prestar atención, por el pueblo hacia el camposanto.

Siempre se sentía segura allí, como si nadie pudiera verla, aunque de hecho estaba expuesta a la vista de cualquiera que pasara por el muro del camposanto. No obstante, una vez a la sombra de la enorme iglesia lúgubre, entre las tumbas, se sentía inmunizada ante el mundo, recluida dentro del grueso muro del camposanto como si estuviese en otro país.

Cuidadosamente recortó la hierba de la tumba, y arregló los pequeños crisantemos blanco-rosados en la cruz de estaño. Cuando concluyó ésto, cogió un jarrón vacío de una tumba vecina, trajo agua, y cuidadosamente, muy escrupulosa pasó la esponja por la lápida de mármol y la alabardilla.

Le proporcionaba una sincera satisfacción el hacerlo. Se sentía en contacto inmediato con el mundo de su madre. Experimentaba un ligero sufrimiento, iba por el parque en un estado que rayaba la felicidad completa, como si al realizar esta tarea cayera en una sutil e íntima unión con su madre. Porque la vida que llevaba aquí en el mundo era mucho menos real que el mundo de muerte que había heredado de su madre.

La casa del médico estaba justo al lado de la iglesia. Fergusson, que era un mero ayudante a sueldo, estaba atado al campo. Mientras se apresuraba ahora para asistir a los pacientes en la consulta, mirando fugazmente al cementerio, vio a la muchacha atareada con la tumba. Parecía tan absorta y ausente, que era como mirar a otro mundo. Un algo místico le conmovió. Aflojó el paso, contemplándola como si estuviera hechizado.

Ella alzó la vista, sintiendo que la miraba. Sus ojos se encontraron. E inmediatamente vol-

vieron a mirarse. Cada uno sintiéndose en cierta forma descubierto por el otro. Se levantó la gorra y siguió calle abajo. Allí permanecía claro en su consciencia, como una visión, el recuerdo de su rostro, erguida sobre la lápida del camposanto, y mirándolo con ojos portentosos, grandes, pausados. *Era* portentoso, su rostro. Parecía que lo hipnotizaba. Había un profundo poder en sus ojos que se posesionaban de todo su ser, como si hubiera bebido una potente droga. Antes se había sentido débil y rendido. Ahora la vida volvía a él, se sentía liberado de su yo cotidiano e inquieto.

Terminó sus obligaciones en el consultorio tan pronto como le fue posible, llenando apresuradamente las botellas de la gente que esperaba, con medicinas baratas. Después con las prisas de siempre, salió nuevamente a ver varios casos en otro lugar de su zona, antes del té. En todo momento prefería ir a pie, si le era posible, pero sobre todo cuando no se encontraba bien. Pensaba que el moverse lo recuperaba.

La tarde estaba declinando. Era gris, mortecina, desapacible, con un frío húmedo, intenso, pausado, haciendo mermar y perder las fuerzas. Pero ¿por qué tenía que pensar o hacer caso? Subió apresuradamente la colina y se adentró en los campos verde oscuro, siguiendo el negro camino de ceniza. A lo lejos, por una suave pendiente del campo, la pequeña ciudad se apiñaba como cenizas sin apagar, una torre, un capitel, una pila de casas bajas, extintas, toscas. Y en los aledaños de la ciudad, inclinada sobre la pendiente, estaba Oldmeadows, la casa de los Pervin. Podía ver los establos y cobertizos con claridad, frente a él asentados en la pendiente. Bueno, ¡no iría allí más! Otro recurso que perdería, otro lugar se había ido. La única compañía que estimaba en el extraño y feo pueblecito la estaba perdiendo. Nada salvo el trabajo, las monótonas tareas, la constante premura, de casa en casa entre mineros y metalúrgicos. Lo consumía, pero al mismo tiempo lo anhelaba, era estimulante para él estar en los hogares de los obreros. Moviéndose como si estuviera en la parte más íntima del cuerpo de sus vidas. Estaba excitado y satisfecho. Podía acercarse tanto, a las mismísimas vidas de los hombres y mujeres rudos, ignorantes, poderosamente emocionales. Refunfuñaba, decía que odiaba aquel agujero infernal. Pero de hecho, esto lo excitaba, el contacto con la gente ruda, tremendamente emocional era un estimulante aplicado a sus nervios.

Debajo de Oldmeadow, en la verde, suave, hondonada de campos empapados, yacía un estanque cuadrado y profundo. Recorriendo el paisaje la aguda mirada del médico detectó una figura de negro que cruzaba la verja del campo, hacia el estanque. El volvió a mirar. Podía ser Mabel Pervin. Su mente de pronto se avivó y prestó atención.

¿Por qué bajaba allí? Subió por la senda a la cima de la pendiente y se quedó mirando fijamente. Tan sólo podía asegurarse de la pequeña figura negra que se movía en el vacío del día agonizante. Parecía verla en medio de tanta oscuridad por lo que era como un clarividente que veía más con la vista de la mente que con la vista común. Sin embargo podía verla con la suficiente claridad, mientras su vista seguía atenta. Sintió que si miraba hacia otro lado en el denso y feo crepúsculo la perdería del todo.

La siguió minuciosamente mientras se movía, fija y absorta, como algo impulsado más que movido por una actividad voluntaria directamente campo abajo hacia el estanque. Durante una instante permaneció en la orilla. En ningún momento alzó la cabeza, luego entró lentamente en el agua.

El permanecía inmóvil mientras la pequeña figura negra caminaba lenta y deliberadamente hacia el centro del estanque, muy lentamente, gradualmente introduciéndose en lo más hondo de las quietas aguas y aún avanzando más mientras el agua le llegaba al pecho. Luego ya no pudo verla más en el crepúsculo de la tarde muerta.

—¡Dios mío! —exclamó él—. ¿Será posible?

Y bajó apresuradamente, corriendo por los campos húmedos y mojados, abriéndose camino entre los setos, bajando hacia la hondonada de oscuridad desapacible y cruel. Le llevó varios minutos llegar al estanque. Permaneció en la orilla, jadeando. No podía ver nada. Sus ojos parecían penetrar en el agua muerta. Sí, quizás era aquello la oscura sombra de su ropaje negro debajo de la superficie del agua.

Lentamente se adentró en el estanque. El fondo era profundo, cieno blando, se hundía, y el agua helada le agarraba terriblemente las piernas. Mientras se agitaba podía oler el frío y podrido cieno que enturbiaba el agua. Era insoportable para sus pulmones. Sin embargo, con asco pero sin importarle, se adentró aún más en el estanque. El agua helada le llegaba hasta los muslos, hasta las caderas, hasta el vientre, la parte inferior de su cuerpo estaba totalmente sumergida en el horrible y helado elemento. Y el fondo era tan profundamente blando e inseguro, que tuvo miedo de meter la cabeza. No sabía nadar y tenía miedo.

Se agachó un poco, extendiendo las manos bajo el agua, y moviéndolas a su alrededor, intentando localizarla a tientas. El estanque horriblemente frío se agitaba en su pecho. Se movió una vez más, un poco más hondo, y una vez más, con las manos debajo, palpó todo su alrededor bajo el agua. Y tocó su ropaje. Pero se le escapó de los dedos. Hizo un desesperado esfuerzo por agarrarlo.

Y al hacerlo perdió el equilibrio y se sumergió, con espanto, asfixiándose en las podridas

aguas terrosas, luchando enloquecido durante unos momentos. Al fin, tras lo que pareció una eternidad recuperó el equilibrio, salió a la superficie y miró alrededor. Respiró, y supo que estaba en el mundo. Luego miró el agua. Ella había emergido junto a él. Agarró su ropaje, y atrayéndola, volvió a tierra de nuevo.

Iba muy despacio, con cuidado, absorto en el lento avance. Subía al salir del estanque. El agua solamente le llegaba ahora a las piernas; estaba agradecido, aliviado de estar fuera de las garras del estanque. La levantó y fue tambaleándose hacia la orilla, fuera del horror del cieno gris y húmedo.

La recostó en la orilla. Estaba inconsciente y chorreando. Logró que expulsara el agua por la boca, se esforzó por reanimarla. No tuvo que esforzarse mucho antes de sentir que la respiración volvía de nuevo a ella; respiraba normalmente. Se esforzó un poco más. Podía sentir su palpitar bajo sus manos; se estaba recobrando. Le limpió la cara, la envolvió en su abrigo, miró a su alrededor al sombrío mundo grisoscuro, luego la levantó y fue tambaleándose orilla abajo a través de los campos.

Parecía un camino increíblemente largo, y sentía que nunca llegaría a casa con esa carga tan pesada. Pero al fin se encontró en el patio de las caballerizas y luego en el patio de la casa. Abrió la puerta y entró en la casa. En la cocina la dejó sobre la alfombrilla y llamó. La casa estaba vacía. Pero el fuego ardía en el hogar.

Luego de nuevo se arrodilló para atenderla. Respiraba con regularidad, los ojos abiertos de par en par y como consciente, pero como si faltara algo en su mirada. Era consciente de sí misma, pero inconsciente de lo que le rodeaba.

El corrió escaleras arriba, cogió mantas de una cama, y las puso frente al fuego para calentarlas. Después le quitó las empapadas ropas que olían a tierra, la secó con una toalla, y la envolvió desnuda en las mantas. Después entró en el comedor en busca de algo de alcohol. Había un poco de whisky. Se tomó un trago y le puso un poco en la boca.

El efecto fue instantáneo. Clavó los ojos en su rostro, como si lo hubiera estado viendo desde hacía tiempo, y sin embargo acababa de darse cuenta de su presencia.

—¿Dr. Fegusson? —dijo.

—¿Qué? —respondió él.

Se estaba despojando del abrigo, con la intención de encontrar ropa seca arriba. No podía soportar el olor del agua cenagosa y corrompida, y temía enormemente por su propia salud.

-¿Qué he hecho? —preguntó ella.

—Meterte en el estanque —le respondió. Había comenzado a temblar como un enfermo, y apenas si podía atenderla. Sus ojos permanecían clavados en él, él daba la impresión de que se le nublaba la mente devolviéndole la mirada desvalido. Le disminuyó el temblor, la vida volvía a él, oscura y desconocida, pero de nuevo firme.

—¿Perdí la cabeza? —preguntó ella, mientras sus ojos estaban fijos en él todo el tiempo.

—¡Quizás en ese instante! —respondió. Se tranquilizó porque le habían vuelto las fuerzas. La extraña tensión nerviosa había desaparecido.

—¿Sigo estando loca? —preguntó.

—¿Loca? —reflexionó durante un momento—. No, —respondió sinceramente—, no veo que lo estés—. Apartó la mirada. Ahora tenía miedo, porque se sentía aturdido y confusamente sintió que el poder de ella era superior al suyo, en ese punto. Y ella seguía mirándolo fijamente todo el tiempo. —¿Puedes decirme dónde encontrar algo seco que ponerme? —preguntó él.

—¿Te tiraste al estanque por mí? —preguntó ella.

—No —respondió—. Entré andando. Pero lo hice sin que me llegara a cubrir.

Durante un instante se hizo un silencio. Dudó. Deseaba vehementemente ir arriba y ponerse ropa seca. Pero tenía otro deseo. Y ella parecía retenerlo. Su voluntad parecía adormecida, perdida, permaneciendo allí inerte ante ella. Pero en su interior sentía calor. No temblaba lo más mínimo, pese a tener las ropas empapadas.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó ella.

—Porque no quería que hicieras una cosa tan absurda —dijo.

—No era absurdo —dijo ella, mirándolo aún mientras yacía en el suelo, con un cojín del sofá bajo la cabeza—. Era lo que había que hacer. Sabía que era lo mejor, entonces.

—Voy a cambiarme estas cosas mojadas —dijo él. Pero no tenía aún fuerzas para alejarse de su presencia, hasta que ella se lo dijera. Era como si ella tuviera la vida de su cuerpo en sus manos, y como si él no pudiera sustraerse a sí mismo. O quizás no quería.

Súbitamente ella se incorporó. Entonces se dio cuenta de su estado. Sentía las mantas envolviéndola, reconocía sus miembros. Durante un momento pareció que perdía la razón. Miró a su alrededor, con ojos de loca, como buscando algo. El, temeroso, permanecía inmóvil. Ella vio sus ropas esparcidas por el suelo.

—¿Quién me desnudó? —preguntó, posando sus ojos plenos e inevitables en su rostro.

—Yo —respondió él—, para hacerte recobrar el conocimiento.

Por unos instantes se sentó y lo miró intensamente, los labios se entreabrieron.

—¿Me amas, entonces? —preguntó ella.

El se limitó a permanecer de pie y mirarla fijamente, fascinado.

Su alma se enterneció.

Se arrastró de rodillas, y lo rodeó con los brazos, por las piernas, mientras él permanecía allí, apretando sus pechos contra sus rodillas y muslos, aferrándose a él, con una extraña certeza convulsiva, apretando sus muslos contra ella, atrayéndolo hacia su rostro, hacia su garganta, mientras ella lo miraba con ojos brillantes, humildes, transfigurados, triunfante en su primera posesión.

—¿Me amas? —murmuró ella, con extraño éxtasis, ansiosa, triunfante y segura de sí misma. —Me amas. Sé que me amas, lo sé.

Y ella le besaba apasionadamente las rodillas a través de las ropas mojadas, le besaba las piernas, ciega y apasionadamente e indistintamente, como si no se diera cuenta de nada.

El bajó la mirada al enmarañado cabello mojado, a los salvajes hombros desnudos de animal. Estaba asombrado, confundido y temeroso. Nunca había pensado en amarla. Nunca había querido amarla. Cuando la salvó y reanimó, él era el médico, y ella la paciente. No había tenido el más mínimo interés personal por ella. No, esta aparición de interés personal le era muy desagradable; una violación de su ética profesional. Era horrible tenerla allí abrazada a sus rodillas. Era horrible. Se rebelaba ante ello, violentamente. Y sin embargo, no tenía valor para desprenderse de ella.

Ella volvió a mirarlo, con la misma súplica de amor intenso, y esa misma luz transcendente, temible del triunfo. Ante la delicada llama que parecía proceder de su rostro como una luz, él se mostraba indefenso. Nunca había pensado en amarla. Nunca lo había pensado. Y algo reacio en él, le impedía ceder.

—Me amas —repitió ella, con un murmullo de profunda y delirante seguridad—. Me amas.

Sus manos lo atraían, lo atraían hacia ella. El tenía miedo, incluso estaba un poco aterrorizado. Porque él, realmente, no tenía intención de amarla. Sin embargo sus manos lo atraían hacia ella.

El apartó la mano rápidamente para reafirmarse, y estrechó su hombro desnudo. Una llama pareció quemarle la mano que estrechaba el suave hombro. No tenía ninguna intención de amarla: toda su voluntad era contraria a su rendición. Era horrible. Y sin embargo el tacto de sus hombros era maravilloso, el resplandor de su rostro era hermoso. ¿Estaba loca acaso? Sentía pánico de ceder ante ella. Aunque también había algo en él que lo hacía sufrir.

Había estado mirando fijamente a la puerta, lejos de ella. Pero su mano seguía sobre su hombro. De repente ella se había quedado muy quieta. El bajó la mirada hacia ella. Ahora sus ojos estaban desmesuradamente abiertos por el miedo, la duda, la luz de su rostro se extinguía, una sombra de terrible languidez, volvía a aparecer. El no podía soportar el contacto interrogante de su mirada puesta en él, y su transfondo de muerte.

Con un gemido contenido, cedió y dejó que su corazón se rindiera ante ella. Un súbita sonrisa amable se dibujó en su rostro. Y los ojos de ella que nunca se habían retirado de su rostro, lenta, lentamente se llenaron de lágrimas. El observó cómo la extraña agua surgía en sus ojos, cómo brota un lento manantial. Y su corazón parecía arder y fundirse en su pecho.

Ya no podía soportar mirarla por más tiempo. Se dejó caer de rodillas y cogió su cabeza con los brazos y apretó su cara contra su garganta. Ella estaba muy quieta. El corazón de él que parecía haberse roto, ardía con una cierta agonía en su pecho. Y sentía cómo sus lentas lágrimas ardientes humedecían su garganta. Pero no podía moverse.

Sentía que las ardientes lágrimas humedecían su cuello y los pliegues de su cuello, y se quedó inmóvil, suspendido en una de las eternidades del hombre. Tan sólo ahora se le había hecho imprescindible tener su rostro apretado contra él; ya nunca podría volver a dejarla. Ya nunca dejaría que su cabeza se alejara de su íntimo abrazo. Quería quedarse así para siempre, con su corazón causándole un sufrimiento que al mismo tiempo era vida para él. Sin saberlo, estaba mirando su húmedo y suave cabello castaño.

Entonces, de pronto, percibió el insoportable olor de aquella agua estancada. Y en aquel mismo instante ella se apartó de él y lo miró. Sus ojos parecían tristes e inescrutables.

Les temía y empezó a besarla, sin saber lo que estaba haciendo.

No quería que sus ojos tuvieran aquella mirada terrible, triste e inescrutable.

Cuando de nuevo volvió su rostro hacia él, tenía un imperceptible y delicado sonrojo y volvió a renacer aquel espantoso brillo de júbilo en sus ojos que realmente lo atemorizaban, y que sin embargo, quería ver ahora, porque aún temía más la mirada de la duda.

—¿Me amas? —dijo ella, muy indecisa.

—Sí. —La palabra le supuso un doloroso esfuerzo. No porque no fuera verdad, sino porque era una verdad demasiado reciente, el *decirlo* parecía abrir violentamente su corazón recientemente desgarrado. Y él apenas deseaba que fuera verdad, incluso ahora.

Alzó su rostro hacia él, y él se inclinó hacia adelante y la besó en la boca, suavemente con el beso que es una promesa eterna. Y mientras la besaba su corazón volvía a encogerse en su pecho. Nunca pensó en amarla. Pero todo se había acabado. El había saltado el abismo que los separaba y todo cuanto había dejado atrás se había marchitado y convertido en algo trivial.

Después del beso, sus ojos volvieron a llenarse lentamente de lágrimas. Se sentó inmóvil, lejos de él, con el rostro caído a un lado, y las manos juntas en el regazo.

Las lágrimas caían muy lentamente. Hubo silencio total. El también se sentó inmóvil y callado sobre la alfombrilla de la chimenea. El extraño dolor de su corazón que estaba destrozado parecía consumirlo. ¡Que él tuviera que amarla! ¡Que esto fuera amor! ¡Que él tuviera que abrirse de esta forma! —¡él, un médico!— ¡Cómo se burlarían si se supiera! Era una tortura para él pensar que se pudiera saber.

Con esta angustia cruda y extraña del pensamiento volvió a mirarla. Estaba sentada allí, ensimismada en su reflexión. Vio caer una lágrima, y su corazón se enardeció. Vio por primera vez que uno de sus hombros estaba casi descubierto, un brazo desnudo, podía ver uno de sus pequeños pechos confusamente, porque la habitación casi se había quedado a oscuras.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó él con voz alterada.

Alzó la vista a él, y tras sus lágrimas la consciencia de su situación por primera vez trajo una sombría mirada de vergüenza a sus ojos.

—No estoy llorando, de verdad —dijo ella, mirándolo medio atemorizada.

El extendió la mano, y suavemente la cerró sobre su brazo desnudo.

—¡Te amo! ¡Te amo! —dijo él con voz suave y trémula, impropia de él.

Ella se encogió, e inclinó la cabeza. El suave y penetrante apretar de su mano sobre su brazo la afligía. Alzó la mirada hacia él.

—Quiero irme —dijo ella—. Quiero ir a traerte algo seco.

—¿Por qué? —dijo él—, estoy bien.

—Pero quiero ir —dijo ella—. Y quiero que te cambies.

Le soltó el brazo, y ella se envolvió con la manta, mirándole bastante atemorizada. Y sin embargo no se levantó.

—Bésame —dijo ella tristemente.

El la besó, pero ligeramente, casi con rabia.

Luego, tras un instante, ella se levantó nerviosamente, totalmente envuelta en la manta. El la observaba en su confusión, mientras ella intentaba desenredarse y cubrirse para poder andar. El la observaba inexorablemente, como ella sabía. Y cuando ella se fue, con la manta a rastras, y cuando él vio por un instante sus pies y sus piernas blancas, intentó recordarla como era cuando la envolvió en la manta. Pero entonces no quiso recordar, porque entonces ella no había sido nada para él, y su naturaleza se resistía a recordarla como estaba cuando ella no era nada para él.

Algo que se cayó, un ruido sordo en el interior de la casa oscura lo sobresaltó. Entonces oyó su voz: —¡Hay ropa!—. Se levantó y fue al pie de las escaleras, recogió las prendas que le había tirado. Después regresó a la chimenea, para friccionarse y vestirse. Se rio de su aspecto cuando hubo terminado.

El fuego se estaba apagando, por lo que puso carbón. La casa estaba bastante oscura, excepto por la luz de una farola que brillaba ligeramente desde más allá de los acebos. Encendió el gas con cerillas que encontró en la repisa. Después vació los bolsillos de su propia ropa, y arrojó todas sus ropas mojadas, en un montón al fregadero. Tras lo cual amontonó las prendas empapadas de ella, suavemente, y las puso en un montón aparte sobre la superficie de cobre del fregadero.

Eran las seis en punto en el reloj de pared. Su reloj se había parado. El debía regresar al consultorio. Esperó y sin embargo ella no bajaba. Así que fue al pie de la escalera y gritó: —Tengo que irme.

Casi de forma inmediata la oyó bajar. Se había puesto su mejor vestido de voile negro, y arreglado el pelo, pero aún húmedo. Lo miró y a regañadientes, sonrió.

—No me gustas con esas ropas —dijo ella.

—¿Parezco una visión? —respondió él.

Sintieron vergüenza el uno del otro.

—Te prepararé un poco de té —dijo ella.

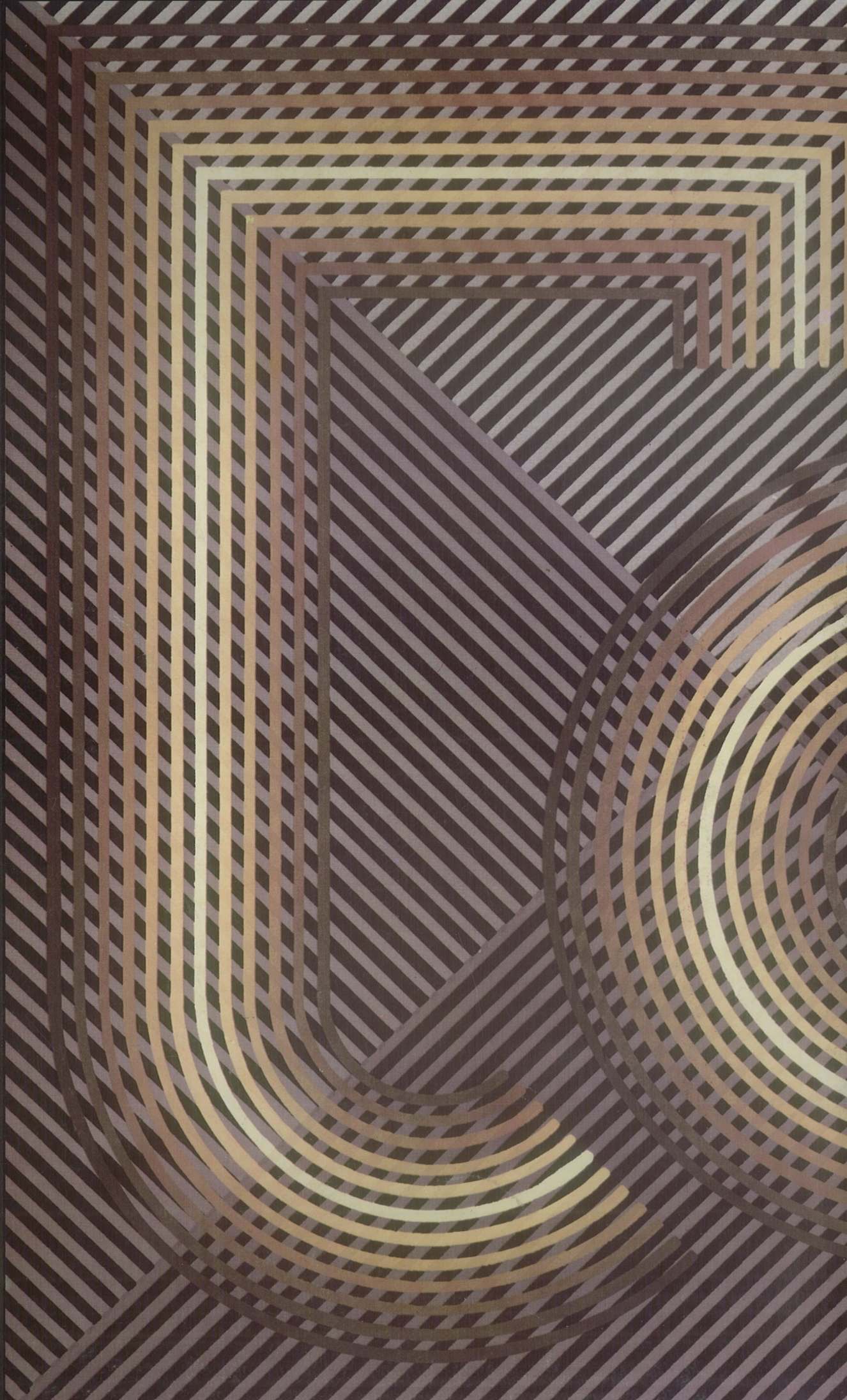
—No, debo irme.

—¿De verdad? Y volvió a mirarlo con los ojos abiertos, cansados, inciertos. Y de nuevo, desde la angustia de su pecho, supo cuanto la amaba. Fue y se inclinó para besarla, suave, apasionadamente, con el beso angustioso de su corazón.

—Mi pelo huele tan mal —murmuró confusa—. Estoy tan fea, estoy tan fea ¡No, estoy feísima! Y prorrumpió en un llanto amargo, desgarrado. —No es posible que quieras amarme, estoy horrible.

—No seas tonta, no seas tonta —dijo él, intentando consolarla, besándola, tomándola en

sus brazos—. Te quiero, quiero casarme contigo, casémonos pronto, pronto, mañana si puedo.

Pero ella no hacía más que llorar angustiosamente, y gritaba: —¡Estoy fea, estoy fea! Me veo horrible ante ti.

—No, te quiero, te quiero —era todo lo que respondía él, a ciegas, con ese terrible tono que la atemorizaba casi más que su angustia por miedo a que él *no* la quisiera.